CUL CLON UNIVERSAL
N.°S 169 y 170

X39Y.V68
CH A. DE VIGNY
S

Chatterton

DRAMA

LP

Precio: 60 céntimos.

MADRID -BARCELONA
MCMXX

Library

of the

University of Wisconsin

FROM THE LIBRARY OF ANTONIO GARCIA SOLALINDE 1893-1937
PROFESSOR OF SPANISH 1924-1937

COLECCION UNIVERSAL

A. de Vigny

CHATTERTON

MCMXX

ES PROPIEDAD
Copyright by Calpe, 1920.

Papel fabricado especialmente por LA PAPELERA ESPAÑOLA.

COLECCION UNIVERSAL

A. DE VIGNY

Chatterton
DRAMA

La traducción del francés ha sido hecha por José Robles.

L P
A

E

C

MADRID -BARCELONA MCMXX

"Tipográfica Renovación

”

(C. A.

)

, Larra

, 8.

- MADRID

.

495049

APR 15 1941

A. G. SOLALINDE

X39Y
V68

CHS
El período romántico francés, cuyo origen suele fijarse en el estreno de Cromwell (1827) o en el
de Henri III et sa cour (1829), termina con el
fracaso de Les Burgraves y representa una fuerte insurrección contra lo clásico.
Fueron sus adalides Dumas padre, Hugo, Vigny y Musset, los cuales, tomando por modelo a Sha-kespeare, como nuestros románticos a Calderón, crearon un arte nuevo, libre y rebelde, cuyas des-enfrenadas teorías expuso Victor Hugo en el fa-moso prólogo de Cromwell.
Esta general imitación del dramaturgo inglés,
totalmente desconocido en Francia durante el si-

glo XVII, estaba, en cierto modo, preparada de antemano. Ya a principios del siglo XIX había representado varias comedias suyas una compañía de refugiados protestantes. Más tarde, el abate Prévost habla de él en Le pour et le contre, y Voltaire en sus Lettres philosophiques, si bien con cierta reserva. Poco después aparecen las tra-ducciones de Letourneur, las primeras que se hi-cieron al francés. A partir de este momento, la influencia de Shakespeare crece rápidamente. En 1823, unos cómicos ingleses explotan sus dramas con buen resultado; Chateaubriand, que al princi-pio lo despreciaba, reconoce luego su valor; Sten-dhal se declara partidario suyo en el libro Racine y Shakespeare. "A Francia nueva, un teatro nue-

6

vo ", dice, y preconiza argumentos basados en la historia nacional y escritos en prosa; es decir, lo que no habían hecho Racine ni Corneille, a quie-nes juzga severamente.
En 1827, a raíz de una formidable discusión que provocó la representación de Shakespeare, Victor Hugo escribe Cromwell. El drama clásico
había sido vencido.

A más de Goethe, Schiller, Byron y Walter Scott, autores extranjeros que también hicieron honda mella en el espíritu de los románticos fran-ceses, puede considerarse como influencia directa sobre la literatura de aquel tiempo la vuelta de los Borbones en 1815, que planteó en la nación ve-cina un conflicto ideológico entre los viejos, afe-rrados a la tradición, y la juventud, alucinada por visiones grandiosas y trágicas.
La Revolución y el Imperio engendraron el ro-manticismo; la nueva escuela vivió a expensas de
Robespierre y de Napoleón. En Dumas, en Victor
Hugo, los verdugos, las cárceles, los asesinatos, los regicidios, son la base de la mayor parte de
sus obras. La sombra de Napoleón se proyecta
sobre toda creación literaria. Dumas titula un drama con el nombre del vencedor de Austerlitz; Hugo piensa en él siempre que hace el retrato de un rey o de un emperador.
Uno de los más genuinos representantes del ro-
manticismo fué el conde Alfred de Vigny, nacido
en Loches el 27 de marzo de 1797. Espíritu inde-
pendiente, se cansó pronto de las armas, a cuyo

7

servicio estaba desde los diez y seis años, y las abandonó en 1828 para dedicarse por completo a las letras. En 1845 ingresó en la Academia fran-cesa. Herido en su orgullo por no haber conseguido el puesto que creía merecer, pasó sus últimos años en un aislamiento voluntario, retirado, según acostumbraba a declarar, en su " torre de marfil ”. Vigny, entre los románticos, es una excepción, porque es un pensador. En cada uno de sus poe-mas late una idea filosófica, siempre pesimista, que no tiene nada que ver con la desesperación declamatoria de sus contemporáneos. Escritor de elevado pensamiento, pero insuficiente de expre-sión, publicó durante su vida, además de sus obras dramáticas, Poèmes antiques et modernes (1822), Cinq -Mars, novela histórica (1826); Stello (1832), Servitude et grandeur militaires (1835). Después de su muerte apareció el libro Destineés, que con-tiene sus más bellas poesías.
En el teatro se dió a conocer por una traducción en verso de Otelo. En 1831 hizo representar su primer drama original, La Maréchale d'Ancre, que fué recibido con injusta frialdad por casi todos los espectadores. Dos años más tarde estrenó Quitte pour la peur, comedia en un acto, compuesta ex-presamente para la Dorval, que quería poner de manifiesto su flexibilidad de actriz entrando en el terreno de lo cómico. Se le debe, además, una adaptación versificada del Mercader de Venecia, con el título de Shylock, y Chatterton, drama en tres actos, que obtuvo un formidable éxito el día

8

de su primera representación, 12 de febrero de
1835.

El asunto de esta obra había sido tratado ya en una de las narraciones de Stello. El autor no hizo más que introducir ligeras modificaciones, que en nada alteran el pensamiento capital: la fatalidad que persigue al poeta de genio en una sociedad incapaz de comprenderlo. Chatterton muere a los diez y ocho años, víctima del trabajo y del des-precio de sus semejantes. Es un mártir del espiri-
tualismo.

Vigny, ni en ésta ni en ninguna de sus produc-ciones tiene en cuenta la exactitud histórica; des-naturaliza los caracteres y substituye la verdad por la invención; pero sutiliza tanto en el análisis psicológico, que sus personajes no tienen en la es-cena una vida menos intensa que en la realidad. Moralmente, Chatterton es una apología del sui-cidio. Fué causa de que algunos jóvenes que se creían genios sin serlo se diesen la muerte, ce-diendo a las malsanas ideas de la obra. Werther, que tiene varios puntos de contacto con Chatter-ton, produjo en Alemania análogas consecuencias. El éxito de este drama se debió en parte a la interpretación. Vigny lo escribió también para su amante, la Dorval, que en el último acto producía gran efecto al deslizarse sin sentido por la baran-dilla de la escalera de caracol y caer en el último peldaño. El público tributó a la actriz una es-truendosa ovación; el autor la elogia calurosa-mente en las Notas que pone al final de su drama,

9

y que no publicamos por creerlas de un interés
muy secundario para el lector español.
La tesis, explicada con todo detalle en el pró-logo, gustó mucho a causa de las ideas revolucio-narias de aquel tiempo. Se planteaba una cuestión social en el seno de una familia sencilla y honra-da, y esa cuestión se resolvía en contra de la so-

ciedad. El pensamiento del autor se adaptaba per-fectamente a los sentimientos de la época. No es de extrañar, pues, que la obra produjese entusias-mo. Hoy también nos satisface, aunque por razo-nes distintas: por la piedad que vibra en toda ella, por la simplicidad con que están dibujados todos los caracteres y, sobre todo, por el homenaje a
Chatterton, el "prodigioso niño " que a los once
años compuso una sátira en verso, a los catorce llevaba publicados tres volúmenes, y al morir cuando aun no había cumplido los diez y ocho, legó a su patria más de cuatro mil versos, escritos en inglés antiguo y firmados con el supuesto nombre de Thomas Rowley.
JOSE ROBLES.

ULTIMA NOCHE DE TRABAJO

Del 29 al 30 de junio de 1834.

Esta es la cuestión.

Acabo de terminar esta obra austera en el si-

lencio de un trabajo de diez y siete noches. El bu-llicio de cada día apenas lo interrumpía, y, sin detenerse, las palabras han fluído al molde que había socavado mi pensamiento.
Ahora que está terminada la obra, estreme-ciéndome aún por los sufrimientos que me ha cau-sado, y en un recogimiento tan santo como la oración, la considero con tristeza y me pregunto si será inútil o si será escuchada por los hombres. Mi alma se inquieta por ellos, considerando el tiempo que es necesario para que la más sencilla idea de uno solo pueda penetrar en el corazón de todos.

Ya hace dos años que he dicho por boca de Stello lo que pronto voy a repetir por la de Chatterton, y ¿qué bien he hecho? Muchos han leído mi libro y les ha gustado como libro, pero, ¡ ay!, qué pocos corazones ha cambiado.
Los extranjeros han tenido a bien traducir las

12

palabras por las análogas de su lengua, y sus paí-
ses me han prestado atención de este modo. En-
tre los hombres que me han escuchado, los unos han aplaudido la composición de los tres dramas suspendidos de un común principio, como tres cua-dros de un mismo sostén; los otros han aprobado el modo de anudar los argumentos a las prue-bas, las reglas a los ejemplos, los coloridos a las proposiciones; algunos se han detenido particu-
larmente a considerar las páginas en que se en-
cierran las ideas lacónicas, apiñadas como los combatientes de una apretada falange; otros har.
sonreído a la vista de los colores refulgentes o
sombríos del estilo; pero ¿ha llegado esto a sus corazones? Nada me lo prueba. La dureza no se
ablanda repentinamente por un libro. Haría falta
ser el mismo Dios para un prodigio tal. La ma-yor parte han dicho, arrojando este libro: "Efec-tivamente que esta idea podría defenderse. Es un buen alegato. " Pero en la causa, ¡ oh, gran Dios!, en la causa pendiente de vuestro tribunal no han pensado más.
¿ La causa? Es el martirio perpetuo y la cons-tante immolación del poeta. ¿ La causa? Es el de-recho que tendría a vivir. ¿ La causa? Es el pan que no se le da. ¿ La causa? Es la muerte que é mismo se ve forzado a darse.

¿De dónde proviene esto que pasa? No cesáis de
ensalzar a la inteligencia, y vosotros matáis a los
más inteligentes. Los matáis, rehusándoles poder vivir según las condiciones de su naturaleza. Se

13

creería, viendo que los tratáis con tanta displi-cencia, que es una cosa común un poeta. Soñad que cuando una nación tiene dos en diez siglos se encuentra dichosa y se enorgullece. Hay pueblo tal que no tiene ni uno de ellos, y que no lo ten-

drá janás. ¿ De dónde proviene, pues, esto que pasa? ¿ Por qué tantos astros extinguidos desde el instante en que comenzaban a apuntar? Es que vosotros no sabéis lo que es un poeta, y no pen-sáis en ello.
Auras -tu, donc, toujours des yeux pour ne pas voir Jérusalem!
Tres clases de hombres, que es necesario no confundir, obran sobre las sociedades por los tra-bajos del pensamiento; pero se agitan en regio-nes que se me figuran separadas eternamente.
El hombre hábil en las cosas de la vida, y apre · ciado siempre, se ve, entre nosotros a cada paso. Es aplicable a todo y conveniente para todo. Tie-ne una maleabilidad y una facilidad que rayan en prodigio. Hace justamente lo que se había pro-puesto hacer, y dice propia y claramente lo que quiere decir. Nada impide que su vida sea pru-dente y metódica como sus trabajos. Tiene el es-

píritu libre, despejado y dispuesto, siempre pre-
sente y pronto a la respuesta. Desprovisto de emo-ciones reales, vuelve a enviar con prontitud la bala elástica de las buenas palabras. Escribe los asun-tos como la literatura, y corrige la literatura como los asuntos. Puede ejercitarse indistintamente en la obra de arte y en la crítica, tomando en una

14

la forma de moda, y en la otra la disertación sen-

tenciosa. Sabe el número de las palabras que pue-den reunirse para aparentar la pasión, la melar-colía, la gravedad, la erudición y el entusiasmo. Pero no tiene más que frías veleidades de estas cosas, y más que sentirlas las adivina; las res-pira de lejos como vagos perfumes de flores des-conocidas. Sabe el sitio de la palabra y del senti-miento, y las fijaría matemáticamente en caso de necesidad Se hace el lenguaje de los géneros, como pudiera uno hacerse la máscara de los rostros. Puede escribir comedias y oraciones fúnebres, no-velas e historia, epístolas y tragedias, canciones y discursos políticos. Asciende la gramática a la obra en lugar de descender de la inspiración al estilo; él sabe amanerar todo dentro de un gusto vulgar y fino, y puede cincelar todo con gracia, hasta la elocuencia de la pasión. ES EL HOMBRE DE LETRAS.

Este hombre es querido siempre, siempre com-prendido, siempre presentable; como es ligero y
a nadie le pesa, es llevado en brazos de todos adon-

de quiere ir; es el amable rey del momento, como uno de aquellos tantos que coronó el siglo XVIII. Este hombre no tiene ninguna necesidad de lás-tima.

Por encima de él está un hombre de natura-leza más recia y mejor. Una convicción profunda y grave es el manantial de donde saca sus obras y las esparce a grandes raudales sobre un suelo duro y a menudo ingrato. Ha meditado en el re-

15

tiro su filosofía entera; la ve toda de un golpe; la tiene en su mano como una cadena, y puede decir a qué pensamiento va a colgar su primer eslabón, a cuál llegará el último y qué obras podrán sus-penderse de todos los demás en lo sucesivo. Su
memoria es rica, exacta y casi infalible; su juicio
es sano, sin más turbaciones que las que él busca. sin más pasiones que sus cóleras contenidas; es
estudioso y tranquilo. Su genio es la atención lle-
vada al grado más elevado, el buen sentido en su expresión más excelsa. Su lenguaje es justo, so-brio, franco, grande en su manera de ser y vigoro-
so en sus golpes. Tiene necesidad de orden y de
claridad, tendiendo siempre en consideración al
pueblo con que habla y la senda por donde conduce a los que creen en él. El ardor de una lucha cons-tante inflama su vida y sus escritos. Su corazón
tiene grandes rebeliones y cdios grandes y subli-
mes que lo roen en secreto, pero que domina y di-simula su razón perfecta. Después de todo, mar-cha al paso que quiere, sabe lanzar semillas a gran profundidad y atender a que hayan germi-nado, en medio de una espantosa inmovilidad. Es maestro de sí mismo y de muchas almas, a las que arrastra de Norte a Sur, según su capricho;
tiene un pueblo en la mano, y la opinión que
inspira lo mantiene en su propia estimación y le obliga a cuidar de su vida. Es el verdadero, EL

GRAN ESCRITOR.

Este no es desgraciado; posee lo que ha que-rido poseer; siempre será combatido, pero con ar-

16

mas corteses; y cuando dé armisticios a sus ene migos, recibirá los homenajes de los dos cam-pos. Vencedor o vencido, su frente es coronada. No tiene ninguna necesidad de vuestra piedad. Pero hay otra clase de naturaleza, naturaleza más apasionada, más pura y más rara. El que proviene de ella es inútil para todo lo que no sea obra divina, y viene al mundo con intervalos ra-ros, dichosamente para él, desgraciadamente para el género humano. Viene para ser carga de los demás, cuando pertenece completamente a esta raza exquisita y poderosa que fué la de los gran-des hombres inspirados. La emoción nació con él tan profunda y tan íntima, que lo sumió desde la infancia en éxtasis involuntarios, en sueños in-terminables, en invenciones infinitas. La imagina-ción lo posee por encima de todo. Poderosamente construída, su alma retiene y juzga todo con una gran memoria y un sentido recto y penetrante; pero la imaginación lleva sus facultades hacia el
cielo tan irresistiblemente como el globo eleva la
barquilla. Al menor choque, parte; al menor háli-to, vuela y no cesa de vagar por el espacio, que no tiene rutas humanas. ¡Huída sublime hacia mun-dos desconocidos, llegáis a ser la costumbre inven-cible de su alma! Desde entonces, no más relacio-nes con los hombres que no estén alterados y que-brantados en algunos puntos. Su sensibilidad ha llegado a ser muy viva; lo que no hace más que rozar a los otros, lo hiere hasta brotar la sangre; los afectos y las ternuras de su vida son aplas-

17

tantes y desproporcionados; sus entusiasmos su-cesivos lo extravían; sus simpatías son demasiado verdaderas; los que compadece, sufren menos que él, y perece con las penas de los demás. Los dis-gustos, los choques y las resistencias de la socie-dad humana lo sumen en profundos abatimientos, en negras indignaciones, en desolaciones invenci-bles, porque lo comprende todo demasiado comple-tamente y demasiado profundamente, y porque su vista va directa a las causas que él deplora o des-deña, cuando otros se detienen en los efectos que

ellos combaten. De este modo, se calla, se aleja y vuelve sobre sí mismo y se encierra como en un calabozo. Allí, en el interior de su cabeza ardien-te, se acrece y se forma algo semejante a un vol-cán. El fuego se oculta sorda y lentamente en este cráter, y deja escapar sus armoniosas larvas, que se lanzan por su propio impulso en la forma di-vina de los versos. Pero el día de la erupción, ¿ lo sabe él? Se diría que asiste como un extraño a cuanto pasa dentro de sí mismo, ¡ tan imprevisto y celestial es esto! Marcha consumido por ardores secretos y languideces inexplicables. Va como un enfermo y no sabe adónde va; se extravía tres días, sin saber adónde se ha arrastrado, como hizo en otro tiempo el preferido de Francia; tiene nece-sidad de no hacer nada para hacer algo en su arte. Es necesario que no haga nada útil y co-rriente para que tenga tiempo de escuchar los acordes que lentamente se forman en su alma, y que el ruido grosero de un trabajo positivo y re-CHATTERTON 2

18

gular interrumpe y hace desvanecer infalible-mente. Es EL POETA. Este es excluído desde que se

muestra: ¡ todas vuestras lágrimas, toda vuestra piedad para él!
Perdonadle y salvadle. Buscad y encontrad para él una vida asegurada, pues por sí mismo no sa-brá encontrar más que la muerte. En sus moce-dades es cuando siente nacer su fuerza, presiente el porvenir de su genio, abarca con un amor in-menso a la humanidad y a la naturaleza, y en-tonces es cuando se le desprecia y se le re-chaza.

El grita a la multitud: “ ¡A vosotros os hablo;: haced que yo viva! " Y la multitud no le entiende; responde: "¡ No te comprendo! " Y tiene razón. Pues su lenguaje escogido no es comprendido sino por un corto número de personas, también muy escogido. Les grita: " Escuchadme y haced que yo viva! " Pero los unos están embriagados con sus propias obras, los otros son desdeñosos y quieren en el niño la perfección del hombre; la mayoría son distraídos e indiferentes, todos im-potentes para hacer el bien. Responden: "¡ No po-demos nada! " Y tienen razón.
El grita al poder: " Escuchadme y haced que yo no muera." Pero el poder declara que él no protege más que a intereses positivos y que es extraño a la inteligencia, a la que tiene ojeriza; y esto de-clarado altamente e impreso, responde: “¿ Qué haré yo de vos?" Y tiene razón. Todo el mundo tiene razón contra él. Y él, ¿ se equivoca? ¿Qué

19

es necesario que haga? No sé; pero he aquí lo que puede hacer.
Puede, si tiene fuerza, hacerse soldado y pa-sarse la vida bajo las armas; una vida agitada, grosera, en donde la actividad física matará a la
actividad moral. Puede, si tiene paciencia, conde-
narse a trabajos de números, en donde el cálculo matará a la ilusión. Puede aún, si su corazón no se subleva demasiado violentamente, ceder y ami-norar su pensamiento y cesar de cantar para es-cribir. Puede ser Hombre de letras, o aun mejor: si la filosofía viene en su ayuda, y puede domar-se, llegará a ser útil y gran escritor; pero, a la larga, el juicio habrá matado a la imaginación, y con ella, ¡ ay!, el verdadero Poema que llevaba en

su seno.

En todos los casos, él matará una parte de sí mismo; pero, para estos semisuicidios, para estas inmensas resignaciones, es necesaria aún una fuer-ra rara. Si ella no le ha sido concedida, o si las ocasiones en qué emplearla no le han salido al ca-mino, y le faltan hasta para inmolarse; si, su-mergido en esta lenta destrucción propia, no pue-de ni sostenerse, ¿ qué partido tomar?
El que Chatterton tomó: matarse por completo; poco queda que hacer.
¡Helo, pues, criminal!, criminal delante de Dios y de los hombres. Pues el SUICIDIO ES UN CRIMEN
RELIGIOSO Y SOCIAL. ¿ Quién va a negarlo? ¿ Quién
piensa lo contrario? Es mi convicción, como es, yo creo, la de todo el mundo. Este es un punto bien

20

dilucidado. El deber y la razón lo dicen. No se trata más que de saber si la desesperación es algo que sea un poco más fuerte que la razón y el
deber.
Ciertamente, se encontrarían cosas muy sabias

para decírselas a Romeo sobre la tumba de Ju-lieta; pero lo malo es que nadie se atrevería a abrir la boca para pronunciarlas ante un dolor tal. ¡Pensad en esto! La Razón es una potencia fría y lenta que nos liga poco a poco por las ideas que aporta una tras otra, como los lazos sutiles, tenues e incontables de Gulliver; persuade, se im-pone cuando el curso ordinario de los días está poco turbado; pero la Desesperación verdadera es una potencia devoradora, irresistible, fuera de ra-zonamientos, y que comienza por matar el pensa-miento de un solo golpe. La Desesperación no es una idea; es una cosa, una cosa que tortura, que

aprieta y que muele el corazón de un hombre como una tenaza, hasta que se vuelva loco y se arroje en brazos de la muerte como en los de una madre.
¿ Es él el culpable, decídmelo?, ¿ o bien es la so-ciedad que lo persigue así hasta el final? Examinemos esto; podemos encontrar que vale la pena.
Hay un juego atroz, común en los niños del Mediodía; todo el mundo lo sabe. Se forma un círculo de carbones encendidos, se coge un escor-pión con unas pinzas y se le pone en el centro. Primeramente queda inmóvil hasta que el calor

21

le abrasa; entonces se conmueve y se agita. Ri-sas. Se decide rápidamente, marcha derecho a la llama, y trata valerosamente de abrirse un cami-no a través de los carbones; pero el dolor es ex-cesivo y se retira. Risas. Da una vuelta lenta al-rededor del círculo, y busca por doquier un paso imposible. Entonces torna al centro y entra de nuevo en su primera, pero aun más sombría, in-movilidad. Por fin toma una resolución: vuelve contra sí un dardo envenenado y cae muerto en el acto. Carcajadas más ruidosas que nunca.
Sin duda que es él el cruel y culpable, y esos niños son buenos e inocentes.
Cuando un hombre muere de esta manera, ¿es, pues, suicida? Es la sociedad, que lo arroja en la hoguera.
Lo repito: la religión y la razón, ideas subli-mes, son ideas, sin embargo, y hay tales causas de desesperación extrema que matan las ideas primero y al hombre después: el hambre, por ejemplo. Yo creo ser bastante positivo. Esto no es ideología.
Me será tal vez permitido entonces decir tími-damente que sería bueno que no se dejase llegar a un hombre hasta ese grado de desesperación. Yo no pido a la sociedad más que aquello que puede hacer. Yo no le rogaría que impidiese las penas de corazón y los infortunios de ideal, que hiciese que Werther y Saint-Preux no amasen a Carlota ni a Julia d'Etanges; yo no le rogaría que impidiese que un rico ocioso, taimado y has-

22

tiado, se quitase la vida por disgusto de sí mismo o de los demás. Hay, bien lo sé, mil ideas de deso-lación, contra las que nada se puede. Razón de más, me parece, para pensar en aquellas en las que puede hacerse algo.
El achaque de la inspiración es tal vez ridículo y mal visto; lo admito. Pero se podría no dejar morir a esta especie de enfermos. Son siempre poco numerosos, y no puedo rehuir el creer que tienen algún valor, ya que la especie humana es unánime sobre su grandeza, y los declara inmor-tales basándose sólo en algunos versos: cuando han muerto, es verdad.
Bien sé que la misma rareza de esos hombres inspirados y desgraciados parecerá ser una prue-ba contra lo que yo he escrito. Sin duda, el bos-quejo imperfecto que he ensayado de estas natu-ralezas divinas no puede volver a trazar sino al-gunos rasgos de las grandes figuras del pasado. Se dirá que los síntomas del genio surgen sin preñez o no producen más que obras abortadas; que todo hombre joven y soñador no es poeta por eso; que ensayos no son pruebas; que algunos versos no dan derecho. ¿Y qué sabemos nosotros?
¿ Quién nos da a nosotros, pues, el derecho de
ocultar la bellota diciendo que no será encina? Yo digo que algunos versos bastarían para re-conocerlos cuando vivían si se sabía mirarlos ¿ Quién no dice ahora que él hubiera dado por lo menos una pensión alimenticia a Andrés Che-nier por la oda de La jeune captive solamente, y

23

lo hubiera declarado poeta por los treinta versos de Myrto? Pero estoy seguro que durante su vida y no hace mucho de esto--no se pensaba así; pues él decía:
Las du mépris des sots qui suit la pauvreté,
je regarde la tombe, asile souhaité.

Jean La Fontaine ha grabado para vosotros cor anticipación sobre su piedra, con desesperada in-diferencia:
Jean s'en alla comme el était venu, mangeant son fonds avec son revenu.

Pero sin ese fondo, ¿ qué hubiera hecho?; ¿ para qué, decidme, era bueno? El os lo dice: para dor-mir y no hacer nada. Hubiera, infaliblemente, muerto de hambre.

Los bellos versos, es necesario decir la palabra. son una mercancía que no gusta a la mayoría de los hombres. Luego, la multitud sola multiplica el salario; y en las naciones más bellas no cesa de ser más que a la larga común en sus gustos y de querer lo que es común. No puede llegar más que después de una instrucción lenta dada por los es-píritus elegidos; y esperando, aplasta bajo sus pies a los talentos nacientes, de los que ella no oye ni los gritos de angustia.
¡ Eh! ¿No oís el ruido de las pistolas solitarias? Su explosión es mucho más elocuerte que mi voz débil. ¿ No oís a esos jóvenes desesperados que pi-den el pan de cada día, y a los que nadie paga el trabajo? ¡ Y qué! ¿ Las naciones carecen hasta tal punto de lo superfluo? ¿ No cogeremos, entre

24

•

los palacios y los miles de millones que damos, unə boardilla y un pan para los que sin cesar inten-
tan idealizar su nación a pesar suyo? ¿ Cesare-
mos de decirles: " Desespera y muere; despair
and die? " Al legislador es a quien corresponde
curar esta llaga, una de las más vivas y de las más profundas de nuestro cuerpo social; él es el que debe realizar en el presente una parte de los juicios mejores del porvenir, asegurando única-
mente algunos años de existencia a todo hombre
que hubiera dado un solo testimonio del talento divino. No necesita más que dos cosas: vivir y so-ñar: EL PAN Y EL TIEMPO.

He aquí el sentimiento y el deseo que me han hecho escribir este drama; no descenderé de esta cuestión a la de la forma de arte que he creado. La vanidad más vana es quizás la de las teoría li-
terarias. No ceso de asombrarme al pensar que
haya habido hombres que hayan podido creer de buena fe, durante todo un día, en la duración de las reglas que escribían. Una idea viene al mun-do armada de todas armas como Minerva; reviste al nacer la única armadura que le conviene, y que ha de ser su forma estable en el porvenir; la una tendrá hoy una vestimenta compuesta de mil pie-zas; mañana, la otra, un sencillo ropaje. Si a todos parece bella, uno se apresura a calcarle la forma y a tomarle la medida; los retóricos ano-

25

tan sus dimensiones, para que en lo futuro se

corten otros parecidos. ¡Pueril cuidado! No hay maestro ni escuela en poesía; el único maestro es aquel que se digna infundir en el hombre la emoción fecunda y hacer brotar las ideas de nuestras frentes, que a veces estallan.
¡ Puede esta forma no ser derribada por la asamblea que la juzgará dentro de seis meses! Con ella perecería un informe en favor de algu-nos infortunados desconocidos; pero creo dema-siado para temer mucho. Creo, sobre todo, en el porvenir y en la necesidad universal de cosas se-rias; ahora que el divertimiento de los ojos por sorpresas infantiles hace sonreír a todo el mundo en medio de sus grandes aventuras, es, me pare-ce, la época del drama de pensamiento.
Una idea que es el examen de una herida del alma debía tenér en su forma la más completa unidad, la sencillez más severa. Si existiese una intriga menos complicada que ésta, la escogería. La acción material es bastante poca cosa, sin em-bargo. No creo que nadie la reduzca a una expre-sión más simple de la que yo mismo voy a hacer: Es la historia de un hombre que ha escrito una carta por la mañana y que espera la contestación

hasta la tarde; la respuesta llega. Y lo mata. Pero aquí la acción moral lo es todo. La acción está en esa alma entregada a negras tempesta-des; está en los corazones de esa mujer y de ese anciano que asisten a la tormenta, tratando en vano de retardar el naufragio y luchar contra un

2626

cielo y un mar tan terribles, que el mismo bien, impotente, es arrastrado en el inevitable desastre. He querido presentar al hombre espiritualista ahogado por una sociedad materialista, donde el calculador avaro explota sin piedad la inteligen-cia y el trabajo. No he pretendido justificar los actos desesperados de los infelices, sino protestar contra la indiferencia que los obliga a cometerlos. ¿Puede uno llamar demasiado fuerte a la indife-rencia, tan difícil de despertar; a la distracción, tan difícil de fijar? ¿ Hay otro medio de conmover
a la sociedad más que el de mostrarle la tortura de sus víctimas?
El poeta lo era todo para mí; Chatterton no era más que el hombre, y he prescindido a propó-sito de hechos exactos de su vida, para no tomar de su destino más que aquello que la hacen un ejemplo, por siempre deplorable, de una noble mi-seria.

Tú, a quien tus compatriotas llaman hoy mara-villoso niño, que hayas sido justo o no, has sido desgraciado; estoy seguro, y ello me basta. ¡Alma desolada, pobre alma de diez y ocho años, perdó-name que tome como símbolo el nombre que llevas en esta tierra y que intente el bien en tu nombre!

CHATTERTON

DRAMA EN TRES ACTOS

Estrenado en París, en la Comedia Francesa, el 12 de febrero de 1835.

Despair and die.
(Desespera y muere.)
SHAKESPEARE

PERSONAJES
CHATTERTON.

UN CUAQUERO.
KITTY BELL.

JOHN BELL.
LORD BECKFORD, alcalde de Londres.
LORD TALBOT.
LORD LAUDERDALE.
LORD KINGSTON.
UN GROOM.
UN OBRERO.

RAQUEL, hija de Kitty Bell, de seis años de edad.
SU HERMANO, de cuatro años.
TRES LORES JOVENES.
DOCE OBREROS DE LA FABRICA DE JOHN BELL. CRIADOS DEL LORD -ALCALDE.

CRIADOS DE JOHN BELL.
UN GROOM.

CARACTERES Y TRAJES
DE LOS PRINCIPALES PAPELES

Epoca, 1770.

La escena, en Londres.

CHATTERTON.

Carácter.-Joven de diez y ocho años, pálido, de expresión enérgica, de cuerpo débil, agotado por las veladas y los pensamientos, sencillo y ele-gante a la vez en sus modales, tímido y tierno de-lante de Kitty Bell, amigable y bueno con el cuá-quero, altivo para los demás y a la defensiva con todo el mundo; grave y apasionado en lenguaje y

acento.

Traje. Chaqueta negra, chupa negra, pantalón gris, botas flexibles, pelo obscuro, sin empolvar y cayendo un poco en desorden; aire a la vez mili-tar y eclesiástico.

KITTY BELL.

Carácter.- Mujer de veintidós años, poco más o menos, melancólica, graciosa, elegante por natu-raleza más que por educación, reservada, religio-

30

sa, tímida en sus modales, trémula en presencia de su marido, expansiva y abandonada exclusiva-mente al amor maternal. Su piedad por Chatter-ton va a convertirse en amor; lo nota y se estre-mece; la reserva que se impone aumenta; todo debe indicar, desde que aparece, que un dolor im-previsto y un súbito terror pueden matarla de re-pente.

Traje.-Sombrero de terciopelo negro, de esos que llaman a la Pamela; falda larga, de seda gris; cintas negras; cabellos largos y ondeados, cuyos bucles flotan sobre el pecho.

EL CUAQUERO.

Carácter.- Viejo octogenario, sano y robusto de cuerpo y alma, de palabra calurosa y enérgica, de una bondad paternal para los que lo rodean, a quienes vigila en silencio, dirigiéndolos sin brus-quedad; humorista y misántropo cuando ve los vi-cios de la sociedad; irritado contra ella, e indul-gente para cada hombre en particular, no se sirve de su espíritu mordaz más que cuando la indig-nación lo enfurece; su mirar es penetrante, pero finge no ver nada para no perder el dominio de su conducta; amigo de la casa y atento al cumpli-miento de todos los deberes y al mantenimiento del orden y de la paz, cada uno lo toma en secreto por director de su alma y de su vida.

Traje.-Chaqueta, chupa, calzón, medias de co-

31

lor avellana, castaño claro o gris; sombrero re-
dondo de anchas alas; cabellos blancos, atusados y flotantes.
JOHN BELL.

Carácter.- Hombre de cuarenta y cinco a cin-cuenta años, vigoroso, de rostro encarnado, hin-chado de ale, de porter y de roatsbeef, mostrando
en su modo de andar el aplomo de su riqueza;
mirada suspicaz, dominadora; avaro y celoso,
brusco en sus modales y haciendo sentir el amo a
cada gesto y a cada palabra.
Traje.-Pelo atusado, sin empolvar; amplio y sencillo traje pardo.

LORD BECKFORD.

Carácter.- Viejo rico, importante; figura de protector majadero; mejillas orgullosas, satisfe-chas, pendientes sobre una corbata bordada; paso firme e imponente. Lleno de estima para la opu-lencia y de desprecio para la pobreza. Traje.-Collar de lord-alcalde al cuello; cha-queta lujosa, de brocado; gran bastón de puño de oro.
LORD TALBOT.

Carácter.- Fatuo y buen muchacho a la vez,
alegre camarada, aturdido y de modales vivos,
enemigo de toda aplicación, y, sobre todo, conten-tísimo de librarse de todo espectáculo triste y de todo negocio serio.

32

Traje.- Vestido de caza rojo, cinturón de ga-muza, calzón de piel, coleta ligeramente empol-

vada, gorra negra acharolada.

NOTA.-Los personajes se colocan en el teatro en el or-den de su inscripción a la cabeza de cada escena, y queda entendido que los términos derecha e izquierda se aplican al espectador.

ACTO PRIMERO

La escena figura un vasto aposento; trastienda opulenta y confortable de la casa de John Bell. A la izquierda del es-pectador, una chimenea llena de carbón de piedra encendido. A la derecha, la puerta de la alcoba de Kitty Bell. Al foro, una gran puerta vidriera, a través de cuyos cristales se ve una tienda lujosa; una escalera de caracol conduce a va-rias puertas estrechas y sombrías, entre las cuales se en-cuentra la del cuartito de Chatterton.- El cuáquero lee en un rincón del aposento, a la izquierda del espectador. Kitty Bell está sentada a la derecha; a sus plantas, un niño aco-modado en un taburete; una muchachita, de pie, al lado de ella.

ESCENA PRIMERA

EL CUAQUERO, KITTY BELL, RAQUEL.

KITTY BELL. (A su hija, que enseña un libro a su hermano.)

Me parece que oigo hablar al señor, no hagáis ruido, niños.

(Al cuáquero.)
¿No creéis que sucede algo?

(EL CUAQUERO se encoge de hombros.)
¡Dios mío! Vuestro padre está furioso; sí, sí, muy furioso; lo conozco perfectamente en el so-nido de su voz. No juguéis, por favor, Raquel.

(Deja caer la labor y escucha.)
CHATTERTON 3

34

Me parece que se calma, ¿ verdad, señor?
(EL CUAQUERO hace un gesto afirmativo y con-tinúa la lectura.)
No os probéis ese collarcito, Raquel; esas cosas son vanidades del mundo, que nosotras no debe-mos ni tocar...

¿Pero quién

os

ha dado ese libro?
Es una Biblia;

¿queréis decirme quién

os

la

ha
dado?

Estoy segura de que ha sido ese señor que vive aquí hace tres meses.

Sí,mamá.

RAQUEL.

KITTY BELL.

¡ Dios mío,

lo

que ha hecho!

Hija mía,

os

he
prohibido aceptar nada de nadie,

ymenos de ese
pobre joven.

¿

Yentonces,

cuándo

lo

habéis visto,
querida mía?

Sé que esta mañana habéis ido con vuestro hermano a

darle un beso.

¿Por qué ha-
béis entrado en su cuarto,

hijos míos?

¡ Eso está
muy mal hecho?
Los (

besa.

)

Estoy segura de que aun estaba escribiendo, pues su lámpara ardía desde ayer por

la

tarde.

Sí,

ylloraba.

RAQUEL.

KITTY BELL.

¡ Lloraba!

¡Vamos,

a

callar!

No habléis de esto

a

nadie.

Jréis a

devolver este libro al señor Tom

35

cuando os llame; pero no le molestéis nunca, y
no recibáis de él ningún regalo. Ya veis que desde hace tres meses que vive aquí yo no le he hablado ni siquiera una vez, y vosotros habéis aceptado de él un libro. Eso no está bien. Id

...

id a

besar al
buen cuáquero.

Id,

es

elmejor amigo que Dios nos
ha dado.
Los (

niños corren a

sentarse en las rodillas del cuáquero.

)

EL CUAQUERO.

Sentaos en mis rodillas los dos,

y

escuchadme
bien:Vais adecir avuestra madrecita que su co-
razón es

sencillo,

puro y

verdaderamente cristia-
no;

pero que

esmás niña que vosotros en su con-ducta,

que no ha reflexionado bastante en

lo

que
acaba de mandaros y

que yo

le

ruego que consi-
dere que devolver a

un desgraciado

el

regalo que

hizo

es

humillarlo y

hacerle medir toda su mi-seria.
KITTY BELL.

(Salta de su asiento.

)

¡ Oh!

¡ Tiene razón!

¡ Mil veces razón!

Dadme,
dadme ese libro,

Raquel.

Tienes que guardarlo, hija mía;

guardarlo toda

tu

vida.

Tu madre

se
ha equivocado.

Nuestro amigo siempre tiene razón.

EL CUAQUERO.

(Besándole

lamano conmovido.

)

¡ Ah,

Kitty Bell,

Kitty Bell!

¡ Alma sencilla y atormentada!

No digáis eso de mí.

No hay infa-

36

libilidad humana. Ya ves si tenía razón en el fondo, aunque haya errado en la forma. ¿ Debía yo hacer saber a los niños la ligera falta de su madre? No hay, Kitty Bell, no hay pensamiento, por bello que sea, igual a uno de los ímpetus de tu ardoroso corazón, a uno de los suspiros de tu alma tierna y
modesta.

(Se oye una voz de trueno.)

KITTY BELL. (Asustada.)

¡Oh, Dios mío! ¡ Sigue encolerizado! ¡ La voz de su padre me repercute aquí!

(Se lleva la mano al corazón.)

Ya estoy sin poder respirar. Esa voz me parte el corazón. ¿ Qué le han hecho? Tendremos otro arrebato como ayer tarde

...

Se(

deja caer en un sillón.

)

Necesito estar sentada.

¿No

es

algo así como
una tormenta que se acerca?

Ytodas las tormen-
tas caen sobre mi pobre corazón.

EL CUAQUERO.

¡ Ah!Yo sé

loque se

lesube ala cabeza avues-
tro amo yseñor:

es una desavenencia con los obre-ros de su fábrica.

Acaban de enviarle de Norton

a
Londres una comisión para implorar

el

perdón
de uno de sus compañeros.

Los pobres han hecho una legua apie,

completamente en vano.

Retiraos

37

�

los tres

...

Aquí no hacéis nada.

Ese hombre

os
matará

...

;

es

un buitre que destruye su nido.

KITTY (

BELL sale con

la

mano en el corazón, apoyándose en

la

cabeza de su hijo.

RAQUEL los
sigue.

)

ESCENA II

EL CUAQUERO,

JOHN BELL,

UN GRUPO DE OBREROS.

EL CUAQUERO.

(Viendo llegar aJohn Bell.

)

Aquí viene hecho una fiera

...

Este es

el

hombre
rico,

el

especulador feliz;

éste

es

el

egoísta por

excelencia,

el

justo según la ley.

JOHN BELL.

Veinte (

obreros que

lo

siguen en si-
lencio separan junto ala

puerta.Dirigiéndose a
ellos con ira.

)

¡ No,

no,

no,

no!

Trabajaréis más,

eso

es

todo.

UN OBRERO.

(

A

sus camaradas.

)

Yganaréis menos,

eso

es

todo.

JOHN BELL.

Si

supiera quién ha contestado eso,

lo

echaría
inmediatamente como al otro.

38888

EL CUAQUERO.

¡ Bien dicho,

John Bell!

Estás arrogante,

tal
como un monarca entre sus vasallos.

JOHN BELL.

Como sois cuáquero,

no

os

escucho;

¡ pero

si

supiera cuál de éstos acaba de hablar!

¡ Ah!

...

¡ Hombre sin

fe

el

que ha dicho tales palabras!
¿No me habéis visto todos entre vosotros como uno de tantos?

¿Cómo he llegado

al

bienestar en que
hoy me veo?

¿He comprado de una sola vez to-das las casas de Norton ysu fábrica?Si

soy aho-
ra único dueño de ellas,

¿no he dado acaso ejem-
plo de trabajo y

de economía?

¿No

es

colocando
los beneficios de cada día como he sustentado m
año?

¿Me he mostrado perezoso o

pródigo en mi
conducta?Obre así cada cuál,

y

llegará a

ser tan
rico como yo.

Las máquinas disminuyen vuestro salario,

pero aumentan

el

mío;

lo

siento mucho
por vosotros,

pero me alegro mucho por mí.

Si

las
máquinas

os

perteneciesen,me parecería muy bien que os perteneciese

laproducción;

pero yo compré
los útiles con

el

dinero que mis brazos ganaron:
haced

lomismo,

sed laboriosos y,

sobre todo,

eco-

nómicos.

Acordaos bien de este sabio proverbio de nuestros padres:

Guardemos bien los céntimos;
los chelines ellos mismos

seguardan.

Yahora,

que
no vuelvan ahablarme de Tobías;

está expulsado
para siempre.

Retiraos sin decir nada,

porque

el

primero que hable será expulsado,

como

él

,

de

la

39

fábrica, y no tendrá ni pan, ni vivienda, ni tra-bajo en la población.

(Salen los obreros.)

EL CUAQUERO.

¡Animo, amigo mío! No he oído en el parla-mento un razonamiento más sano que el tuyo.

JOHN BELL. (Vuelve aún irritado y enjugándose el rostro.)

Y vos, no os aprovechéis de ser cuáquero para perturbarlo todo dondequiera que estéis. Habláis rara vez, pero no deberíais hablar nunca. Soltáis en medio de los asuntos palabras que son como cuchilladas.

EL CUAQUERO.

No es más que sentido común, maestro John; sólo que cuando los hombres están locos les hace daño en la cabeza. Pero no tengo remordimiento

ninguno; la impresión de una palabra verdadera no dura más que el tiempo de decirla; es cosa de un instante.
JOHN BELL.

No opino de la misma manera: ya sabéis que a mí me agrada mucho discutir con vos de política; pero vos lo medís todo a vuestra conveniencia, y hacéis mal. La secta de vuestros cuáqueros es ya una excepción en la cristiandad, y vos mismo

40

sois una excepción entre los cuáqueros. Habéis repartido todos vuestros bienes entre vuestros so-brinos; ahora no poseéis más que una mezquina renta, y termináis vuestra vida en la inmovilidad y la meditación. Eso os conviene, lo admito. Pero lo que no puedo admitir es que vengáis a mi casa a autorizar públicamente la insolencia de mis in-feriores.

EL CUAQUERO.

¡Bah! ¿Qué te importa su insolencia, di? El ba-lido de los carneros, ¿ te ha impedido alguna vez esquilarlos y comértelos? ¿ Hay entre esos hom-bres uno sólo cuya cama no puedas vender? ¿ Hay en la villa de Norton una sola familia que no mande sus chiquillos a toser y extenuarse traba-jando tus lanas? ¿ Qué casa no te pertenece y cuál no tienes arrendada a un precio exagerado? ¿ Qué minuto de su existencia no te entregan? ¿ Qué gota de sudor no te produce un chelín? La tie-rra de Norton, con sus casas y sus familias, está en tu mano como el globo en la mano de Carlo-magno. Eres el barón absoluto de tu fábrica feudal.

JOHN BELL.

Es verdad, pero es justo. La tierra es mía, por-que la he comprado; las casas, porque las he construído; los habitantes, porque los albergo; y su trabajo, porque lo pago. Soy justo según la ley.

1

EL CUAQUERO.

¿Y tu ley es justa según Dios?

JOHN BELL.

41

Si no fueseis cuáquero, seríais ahorcado por hablar así.

EL CUAQUERO.

Me ahorcaría yo mismo antes que hablar de otro modo, pues siento por ti una amistad verdadera.

JOHN BELL.

Si no fuera cierto, doctor, que hace veinte años que sois amigo mío, y que habéis salvado a uno de mis hijos, no os volvería a ver.

EL CUAQUERO.

Peor que peor, pues yo no podría salvarte a ti cuando estás más cegado por la locura envidiosa de los especuladores que los niños por la debili-dad de los pocos años. Deseo que no eches a ese

desgraciado obrero. No te lo pido, porque nunca he pedido nada a nadie, pero te lo aconsejo.

JOHN BELL.

Lo hecho, hecho. ¡ Que no obren todos como yo! Trabaje y sirva todo en su familia. ¿ No hago yo

trabajar a mi mujer? Jamás se la ve, pero ella está aquí todo el día; y aunque permanece siem-

42

1

pre con los ojos bajos, los usa para trabajar mu-cho. A despecho de los talleres y de las fábricas que poseo en los alrededores de Londres, quiero que continúe dirigiendo desde un rincón de sus habitaciones esta casa de recreo, donde entran los lores al volver del parlamento, de la caza o del Hyde-Park. Esto me proporciona buenas relacio-nes, que utilizo más tarde. Tobías era un obrero

hábil, pero imprevisor. El verdadero calculador no deja subsistir junto a sí nada inútil. Todo tie-ne que producir, las cosas animadas y las inani-madas. La tierra es fecunda, el dinero es tam-bién fértil, y el tiempo produce dinero. Admitido esto, las mujeres tienen años como nosotros; lue-go es perder una buena renta dejar pasar ese tiempo sin emplearlo. Tobías ha dejado a su es-posa y a su hija en la holganza; es una gran desgracia para él, no soy responsable.

EL CUAQUERO.

Se ha roto un brazo con una de tus máquinas.

JOHN BELL.

Sí, y rompió la máquina también.

EL CUAQUERO.

Y yo estoy seguro de que en tu interior sientes más el resorte de hierro que el resorte de carne y hueso; vaya, tu corazón es de acero como tus

43

máquinas. La sociedad llegará a ser lo que tu co-razón; tendrá por dios un lingote de oro y por so-berano pontífice un usurero judío. Pero tú no tie-nes la culpa; obras muy bien conforme a lo que encontraste a tu alrededor cuando viniste al mun-do: no te guardo rencor; has sido consecuente, rara cualidad. Pero ya que no quieres dejarme hablar, déjame leer.

(Vuelve a coger el libro.)

JOHN BELL. (Abriendo violentamente la habitación de su mujer.)

¡Mistress Bell! Venid aquí.

ESCENA III

LOS MISMOS, KITTY BELL.

KITTY BELL. (Asustada, trae de la mano a sus hi-jos. Estos, por temor al padre, se ocultan tras la falda de su madre.)

Aquí me tienes.

JOHN BELL.

¿ Quieres darme las cuentas del día de ayer? Ese joven que vive ahí arriba, ¿ no se llama más que Tom? ¿ O Tomás?

...

Espero que saldrá pronto.

44

KITTY BELL. (Coge un registro que está sobre una mesa y se lo da.)

No inscribió otro nombre en nuestros registros al alquilar ese cuartito. Estas son las cuentas del día, con las de los últimos meses.

JOHN BELL. (Las repasa en el registro.)

¡Catalina! Ya no sois tan exacta.

(Se interrumpe y la mira cara a cara, con aire de desconfianza.)
¿Vela toda la noche ese Tom? Es muy extraño. Tiene un aspecto misérrimo.

(Volviendo al registro, que recorre con la vista.)
Ya no sois tan exacta.

KITTY BELL.

¡Dios mío! ¿Qué razón hay para decirme eso?

JOHN BELL.

¿No lo sospecháis, mistress Bell?

KITTY BELL.

¿Será porque las cifras están mal colocadas?

JOHN BELL.

La más sincera pone disimulo en todo. ¿ No po-déis responder sin rodeos y mirar cara a cara?

45G

KITTY BELL.

Pero, en fin, ¿ qué encontráis ahí que os inco-moda?

JOHN BELL.

Lo que me incomoda es lo que no encuentro, y extraña su ausencia

...

KITTY BELL.

Pues no tenéis más que mirar;

yo no sé bien.

JOHN BELL.

Aquí faltan cinco o

seis guineas;

alprimer vis-

tazo,estoy seguro. KITTY BELL.
¿Queréis explicarme cómo?

JOHN BELL.

Agarrándola (

por un brazo.

)

Haced

el

favor de entrar en vuestro cuarto; estaréis menos distraídos.

Los niños no hacen
nada;

no me gusta eso.Mi casa ya no está tan
bien arreglada.

Raquel está demasiado escotada;
no me gustan nada estas cosas

...

(RAQUEL corre arefugiarse entre las piernas del cuáquero.

JOHN BELL prosigue dirigiéndose aKIT-
TY BELL,

que acaba de entrar en

la

alcoba.

)

Voy,voy;

volved a

contar esta columna ymul-tiplicad por siete. Entra (

en

laalcoba detrás de KITTY BELL.

)

46

ESCENA IV

EL CUAQUERO, RAQUEL.

¡Tengo miedo!

RAQUEL.

EL CUAQUERO.

De terror en terror, pasarás tu vida de esclava. Miedo de tu padre, miedo de tu marido un día, hasta el rescate.

(En este momento, CHATTERTON sale de su cuarto
y baja lentamente la escalera. Se para y contem-pla al viejo y a la niña.)
Juega, hermosa niña, hasta que seas mujer; ol-vida hasta entonces, y después, si puedes, sigue olvidando.

Juega siempre y no reflexiones nunca.
Ven a mis rodillas. ¡ Aquí! ¡ Lloras! Reclinas la cabeza en mi pecho. Mira, mira; tu amigo baja.

A

ESCENA V

EL CUAQUERO, RAQUEL, CHATTERTON.

CHATTERTON. (Después de besar a Raquel, que co-rre hacia él, da la mano al cuáquero.)

Buenos días, mi severo amigo.

47

EL CUAQUERO.

Ni bastante como amigo, ni bastante como mé-dico. Tu alma te roe el cuerpo. Tienes las manos ardiendo, y estás palido. ¿ Cuánto tiempo esperas a vivir de ese modo?

CHATTERTON.

El menos posible. &Mistress Bell no está aquí?

EL CUAQUERO.

¿ Luego tu vida no es útil a nadie?

CHATTERTON.

Al contrario, mi vida está de más para todo el mundo.

EL CUAQUERO.

¿Crees firmemente lo que dices?

CHATTERTON.

Tan firmemente como vos en la caridad 'cris-tiana.

(Sonríe con amargura.)

EL CUAQUERO.

¿Qué edad tienes entonces? Tu corazón es puro y joven como el de Raquel, y tu espíritu, experi-mentado, viejo como el mío.

48

CHATTERTON.

Mañana cumpliré diez y ocho años.

EL CUAQUERO.
¡Pobre niño!

CHATTERTON.

¿Pobre? Sí. ¿ Niño? No,.. ¡He vivido mil años!

EL CUAQUERO.

No serían bastantes para saber la mitad de lo malos que son los hombres. Pero la ciencia uni-versal es el infortunio.

CHATTERTON.

¡ Entonces yo soy muy sabio!...

Creí que mis-
tress Bell estaba aquí.

Acabo de escribir una car-
ta que me ha costado un gran esfuerzo.

EL CUAQUERO.

Temo que seas demasiado bueno.

Te he dicho
con frecuencia que tengas cuidado con eso.

Los
hombres

se

dividen en dos clases:mártires y

ver-

dugos.Tú serás siempre mártir de todos,

como la
madre de esta niña.

CHATTERTON.

En(

un arranque violento.

)

La bondad de un hombre no lo convierte en víctima más que hasta cuando

él

quiere,

y

el

li-
bertarse está en su mano.

49

milaños

EL CUAQUERO.

¿Qué quieres decir?

CHATTERTON. (Besando a Raquel, dice con la voz
más dulce.)

¿Queremos meter miedo a esta niña? Y al al-cance del oído de su madre.

·

quetad de

ncia un

unacar hedicta

eso.

L

syver

como to.

)

erte e

yel

EL CUAQUERO.

Su madre está aturdida por una voz menos suave que

la

tuya;

no oiría.

¡ Ya van tres veces
que preguntas por ella!

CHATTERTON.

(Apoyándose en

el

sillón en que

el

cuáquero está sentado.

)

Siempre estáis regañándome;

pero decidme tan
sólo,

¿por qué no hemos de dejarnos llevar de

la
inclinación de nuestro carácter,

pudiendo aban-
donar la

partida cuando venga

el

cansancio?

Por
lo

que amí respecta,

he resuelto no enmascarar-
me yser yo mismo hasta el

fin,

escuchar en todo
ami corazón,

tanto en sus desahogos como en sus indignaciones,

yresignarme acumplir bien

laley.

¿

A

qué santo fingir rigor cuando uno

es

indul-
gente?

Se vería una sonrisa de compasión bajo
mi ficticia severidad,

y

no sabría encontrar un
velo que no fuera transparente.

Me traicionan
por todos lados,

los veo yme dejo engañar por
desprecio amí mismo,

por no molestarme en to-
CHATTERTON 4

50

mar mi defensa. Envidio a algunos hombres el
ver el placer que encuentran en triunfar de mí
con groseras astucias; de lejos les veo urdir los
hilos, y no me bajaría para romper ni uno, ¡ tan indiferente ha llegado a serme la vida! Estoy, por otra parte, suficientemente vengado por su humillación, que me eleva a mis ojos, y me pa-rece que la Providencia no puede dejar que las
cosas continúen así por mucho tiempo. ¿ No lle-
vaba su fin creándome? ¿ Tengo derecho a resis-
tirme a ella para reformar la naturaleza? ¿ Me
toca a mí desmentir a Dios?

EL CUAQUERO.
En ti el continuo delirio ha matado
acción.

a la

CHATTERTON.

¡Bah! ¿ Qué importa si una hora de ese delirio produce más obras que veinte días de actividad en los demás? ¿ Quién puede juzgar entre ellos y yo? ¿ No hay para el hombre más trabajo que el del cuerpo? ¿ Y el trabajo mental no es digno de lástima? ¡ Ah!, ¿ la única ciencia del espíritu es la de los números? ¿ Es Pitágoras el Dios del uni-verso? ¿ Debo yo decir a la ardiente inspiración: "No vengas, eres inútil?”

EL CUAQUERO.

Te ha marcado en la frente con su sello fa-tal. Yo no te censuro, hijo mío, pero te lloro.

51

CHATTERTON. (Sentándose.)

Buen cuáquero, ¿ en vuestra sociedad fraternal y espiritualista se tiene piedad de aquellos a quie-nes atormenta la pasión del pensamiento? Creo que sí; os veo indulgente para conmigo, severo para con todo el mundo: eso me calma un poco.

(Raquel toma asiento en las rodillas de Chat-terton.)
En verdad, desde hace tres meses soy casi feliz en esta casa: no saben mi nombre, no me hablan de mí, y preciosos niños vienen a sentarse en mis rodillas.

EL CUAQUERO.

Amigo, te aprecio por tu carácter serio. Serías digno de nuestras asambleas religiosas, donde no se ve la agitación de los papistas, adoradores de imágenes, donde no se oyen los cantos pueriles de los protestantes. Te quiero, porque adivino que todo el mundo te odia. Un alma contemplativa está a cargo de todos los bulliciosos haraganes que cubren la tierra: la imaginación y el recogi-miento son dos enfermedades que nadie compade-ce. Tú, ni siquiera sabes los nombres de los ene-migos secretos que vagan a tu alrededor; pero yo sé que te odian tanto más cuanto que no te co-

nocen.

CHATTERTON. (Con calor.)

Y, sin embargo, ¿ no tengo yo algún derecho al amor de mis hermanos, yo que trabajo por ellos

52

noche y día; yo que busco con tantas fatigas, en las ruinas nacionales, algunas flores de poesía de donde pueda extraer un perfume duradero; yo que acabo de añadir una perla más a la corona de Inglaterra; yo que me sumerjo en tantos mares y ríos para buscarla?

(En este momento, Raquel se aparta, de Chatter-ton; se sienta en un taburete a los pies del cuá-quero y empieza a mirar estampas.)
¡Si supieseis mis trabajos!...

He hecho de mi
cuarto la celda de un claustro;

he bendecido y

santificado mi vida ymi pensamiento;me he es-tropeado la

vista yhe apagado ante mis ojos las
luces de nuestra edad;

he hecho penetrarla mi
corazón más sencillo;

he aprendido sólo

el

habla

infantil del tiempo viejo;

he escrito como

el

rey
Haroldo

al

duque Guillermo,

en versos medio sa-

jones ymedio francos;

y

después,

esa musa del

siglo décimo,

esa musa religiosa

lahe colocado

en
una urna como a

una santa.

La habrían roto

si

la hubieran creído hecha por mi mano;

la han ado-
rado como obra de un monje que no ha existido jamás,

aquien yo he llamado Rowley.

EL CUAQUERO.

Sí,

les gusta bastante revivir a

los muertos y
matar a

los vivos. CHATTERTON.
Sin embargo,

se ha sabido que ese libro

loha-
bía hecho yo.

Ya no podían destruirlo,

lo

han de-

53

jado vivir; pero no me ha dado más que un poco de fama. Y yo no puedo hacer nada que no sea escribir. He intentado amoldarme a todo sin con-seguirlo. Me han hablado de trabajos exactos; los he abordado sin poderlos desempeñar. ¡ Ojalá los hombres puedan perdonar a Dios el haberme
creado así! ¿ Es exceso de fuerza o nada más que

vergonzosa debilidad? No lo sé; pero jamás he
podido encauzar por canales estrechos y regula-
res los tumultuosos desbordamientos de mi espí-ritu, que siempre inundaba sus orillas, a pesar mío. Era incapaz de seguir las lentas operaciones
de los cálculos cotidianos; renuncié el primero.
Confesé a mi espíritu vencido por la cifra, y quise explotar mi cuerpo. ¡Ay, amigo mío! ¡Otro dolor! ¡Otra humillación! Este cuerpo, devorado desde la infancia por los ardores de las veladas, es de-masiado débil para los rudos trabajos del mar o del ejército, demasiado débil para la industria menos cansada.

(Se levanta con una agitación involuntaria.)

Y además, aunque tuviese las fuerzas de Hércu-les, encontraría siempre entre mi obra y yo la fa-tal enemiga nacida conmigo, el hada malhechora encontrada sin duda en mi cuna: la Distracción, la Poesía. La Poesía, que se mete en todas partes, que me lo da y me lo quita todo, que encanta y destruye toda cosa para mí, que me ha salvado

...

¡

yque me ha perdido!

54

EL CUAQUERO.

Y ahora, ¿ qué haces?

CHATTERTON.

¡ Yo qué sé! Escribo. ¿ Por qué? No lo sé

...

Por-

que es preciso.
Cae (

sentado,

sin escuchar

la

respuesta del cuá-quero.Mira aRaquel yla

llama junto a

sí.

)

EL CUAQUERO.

¡ La enfermedad es incurable!

CHATTERTON.
¿La mía?

EL CUAQUERO.

No,

la de

lahumanidad entera.

Según tu cora-
zón,

tú consideras con indulgente lástima a

los
que

tedicen:

" Sé otro del que eres.

"

Yo,

según
mi cabeza,

los desprecio,

porque quieren decir: Quítate "

de nuestro sol;

no hay sitio para

ti

.

"

Los curará quien pueda.

Espero poco de mí;

pero,
al menos,

los perseguiré.

CHATTERTON.

Dirigiéndose (

a

Raquel,

con quien
ha estado hablando en voz baja durante

la

res-

puesta del cuáquero.

)

¿

Yya no tenéis

laBiblia?

¿Dónde está vuestra mamá?

53535
EL CUAQUERO.

(Levantándose.

)

¿Quieres salir conmigo?

CHATTERTON.

(
ARaquel.

)

¿Qué habéis hecho de

la

Biblia,miss Raquel?

EL CUAQUERO.

¿No oyes regañar

al

amo?

¡ Escucha!

JOHN BELL.

(Entre bastidores.

)

No quiero.Eso no puede ser así.No,

señora,

no.

EL CUAQUERO.

(

AChatterton,

cogiendo

el

sombre-

ro yel

bastón.

)

Tienes los ojos encarnados;

hay que tomar

el
aire.

Ven;

la fresca mañana te curará de tu no-
che ardiente.

CHATTERTON.

(Viendo venir aKitty Bell.

)

Verdaderamente,

esta mujer

es

muy desgra-
ciada.

EL CUAQUERO.

Eso no

leimporta a

nadie.Quisiera que no hu-
biera aquí persona alguna cuando ella saliera. Deja la llave de tu cuarto,

déjala.

La recogerá
dentro de un instante.Hay cosas de orden íntimo

56

que es preciso pasar inadvertidas. Salgamos. Aquí
está.
CHATTERTON.

¡ Oh! ¡ Cómo llora!...

Tenéis razón

...

no podría

ver esto

...

Salgamos.

ESCENA VI

KITTY BELL entra llorando,

seguida de JOHN BELL.

KITTY BELL.

(Haciendo entrar aRaquel en

la

ha-
bitación de donde ella sale.

)

Id con vuestro hermano,

Raquel,

y

dejadme
aquí.
(

Asu marido.

)

Os

lo

pido por

lo

que más queráis;

no me exi-

jáis que os diga por qué os falta ese poco dinero; seis guineas no son nada para vos.

Fijaos bien,
señor,

en que hubiera podido ocultároslo diez ve-
ces alterando mis cuentas.

Pero yo no diría una
mentira

nipara salvar amis hijos,

yhe preferido
pediros permiso para guardar silencio sobre eso, no pudiendo confesaros la verdad,

ni mentir,

sin
cometer una mala acción.

JOHN BELL.

Desde que

el

pastor puso vuestra mano en la
mía,

no me habéis resistido de esa manera.

57
KITTY BELL.
Luego es preciso que el motivo sea sagrado.

JOHN BELL.
O culpable, señora.

KITTY BELL. (Con indignación.)
¡ No lo creeréis!

Quizás.

JOHN BELL.

KITTY BELL.
¡ Compadeceos de mí! Me matáis con estas es-

cenas.

JOHN BELL.
¡Bah! Sois más fuerte de lo que pensáis.

KITTY BELL.
¡Ah! No contéis demasiado con mi fortaleza

...

¡ En nombre de nuestros pobres hijos!

JOHN BELL.
Donde veo un misterio,

veo una falta.
KITTY BELL.

¿

Y

si

no encontraseis más que una buena ac-ción?

¡ Qué disgusto para vos!

58

JOHN BELL.

Si es una buena acción, ¿por qué ocultaros?

KITTY BELL.

¿ Por qué, John Bell? Porque como vuestro co-razón se ha endurecido, no me hubierais dejado obrar según el mío. Y, sin embargo, quien da al pobre, presta al Señor.

JOHN BELL.

Mejor haríais en prestar con interés sobre bue-nas prendas.
KITTY BELL.

¡Dios os perdone vuesos sentimientos y vues-tras palabras!

JOHN BELL. (Andando a grandes pasos.) Desde hace algún tiempo leéis demasiado; no me gusta esta manía en una mujer

...

¿Pretendéis

ser una bachillera? KITTY BELL.
¡ Oh,

amigo mío

!,
¿

llegaréis hasta decirme cosas tan duras porque,

por vez primera,

no os

obedezco sin restricciones...?

Yo no soy sino una mujer sencilla y

débil;

no

sé

nada más que mis deberes de cristiana.

59

JOHN BELL.

Saberlos para no cumplirlos es una profana-ción.
KITTY BELL.

Concededme solamente unas semanas de silen-

cio sobre esas cuentas, y la primera palabra que salga de mi boca será el perdón que os pida por haber tardado en deciros la verdad. La segunda será el relato exacto de lo que he hecho.

JOHN BELL.

Deseo que no tengáis nada que disimular.

KITTY BELL.

¡ Dios lo sabe! No hay en mi vida ni un minuto cuyo recuerdo pueda sonrojarme.

JOHN BELL.

Y, sin embargo, hasta aquí nada me habéis
ocultado.
KITTY BELL.

Con frecuencia, el terror nos enseña a mentir.

JOHN BELL.

¿ Sabéis, pues, inventar una mentira?

60
KITTY BELL.

Si lo supiera, ¿ os pediría que no me interroga-seis? Sois un juez despiadado.

JOHN BELL.
¡Despiadado! Me daréis cuenta de ese dinero.

KITTY BELL.
Pues bien, concededme un plazo hasta mañana para eso.
JOHN BELL.
Sea. ¡ Hasta mañana no os hablaré más de ello!

KITTY BELL. (Besándole la mano.)

¡ Ah! Os reconozco. Sois bueno. Sedlo siempre. JOHN BELL.
¡ Está bien! ¡ Está bien! Pensad en mañana.

(Sale.)
KITTY BELL. (Sola.)
¿Por qué cuando cogí la mano de mi marido me he reprochado el haberme quedado con ese li-bro? La conciencia no puede equivocarse.

Lo devolveré.

(Se queda absorta.)

(Sale despacio.)

ACTO SEGUNDO

La misma decoración.

ESCENA PRIMERA

EL CUAQUERO, CHATTERTON.

CHATTERTON. (Entra rápidamente y como huyendo de algo.)

¡ Por fin llegamos al puerto!

EL CUAQUERO.
¿Te ha dado un ataque de locura, amigo mío?

CHATTERTON.
Sé muy bien lo que hago.

EL CUAQUERO.
Pero ¿por qué volver así, tan precipitadamente?

CHATTERTON. (Agitado.)
¿Creéis que me habrá visto?

62

EL CUAQUERO.

No ha apartado el caballo, y no le vi volver a cabeza ni una sola vez. Sus dos grooms lo siguen

a trote largo. Pero ¿ por qué evitar a ese joven?

CHATTERTON.

¿ Estás seguro de que no me ha reconocido?

EL CUAQUERO.

Si el juramento no fuera una costumbre impía, podría jurarlo.
CHATTERTON.

Respiro. Es que ya sabéis que es uno de mis amigos. Es lord Talbot.

EL CUAQUERO.

Bueno, ¿y qué? Un amigo no es mucho peor que otro hombre.

CHATTERTON. (Andando a grandes pasos, malhu-

morado.)

Nada peor podía sucederme que verlo. Mi asilo hubiera sido violado; mi paz, turbada; mi nom-bre, conocido aquí.

EL CUAQUERO.

¡ Qué enorme desgracia!

63

CHATTERTON.

¿ Sabéis vos mi nombre para juzgar de su im-
portancia?

EL CUAQUERO.

Es bien pueril tu temor. No eres más que hu-año, y te tomarán por criminal si continúas.

CHATTERTON.

¡Dios mío! ¿ Por qué habré salido con vos? Es-toy seguro de que me ha visto.

EL CUAQUERO.

A menudo lo he visto entrar aquí después de sus cacerías.

¿A él?

CHATTERTON.

EL CUAQUERO.

Sí, a él, con otros jóvenes lores, amigos suyos.

CHATTERTON.

Está escrito que no podrá descansar mi cabeza en ninguna parte. ¡ Siempre amigos!

EL CUAQUERO.

Es preciso ser muy desgraciado para llegar a decir eso.

64

CHATTERTON. (Malhumorado.)

Nunca habéis andado tan despacio como hoy.

EL CUAQUERO.

Echame la culpa de tu desesperación. Pobre niño, nada ha podido distraerte en este paseo. La naturaleza está muerta ante tus ojos.

CHATTERTON.

¿Creéis que mistress Bell sea muy piadosa? Me parece haberle visto una Biblia en la mano.

EL CUAQUERO. (Bruscamente.)

Yo no. Es una mujer que cumple sus deberes y que teme a Dios. Pero no he visto que tuviera

ningún libro en la mano.

(Aparte.)
¡ En qué va a meterse! ¿ En qué cosa pensar? Prefiero que se ahogue a que se coja a esa rama

...

Alto (

.

)

Es una mujer muy fría,

que no se conmueve
más que por sus niños cuando están enfermos.

La
conozco desde que nació.

CHATTERTON.

Apostaría cien libras esterlinas a

que este en-

cuentro con lord Talbot me traerá alguna des-gracia.

65

EL CUAQUERO.

¿Cómo sería posible?

CHATTERTON.

Yo no sé cómo sucederá, pero ya veréis cómo sucede. Si esa mujer amase a un hombre, él haría mejor en saltarse la tapa de los sesos que en se-ducirla. ¿ Sería horrible, verdad?

EL CUAQUERO.

¿No tendrás nunca una idea que no mire a la desesperación?
CHATTERTON.

Siento a mi alrededor una desgracia inevitable. Estoy acostumbrado a la idea. Yo no me resisto. Lo veréis; es un espectáculo curioso. Descansaba aquí, pero mi enemiga no me dejará.

EL CUAQUERO.

¿Qué enemiga?

CHATTERTON.

Llamadla como queráis: la Fortuna, el Desti-no, ¡yo qué sé!

EL CUAQUERO.

Vas apartándote de la religión.
CHATTERTON 5

66

CHATTERTON. (VaVa hacia él y le coge la mano.)
¿ Tenéis miedo de que siembre el mal aquí? No temáis nada. Soy inofensivo como los niños. Doc-tor, ¿ habéis visto alguna vez pestíferos o lepro-sos? Vuestro primer deseo era apartarlos de la vivienda de los hombres. Apartadme, rechazadme o dejadme solo; me separaré yo mismo antes de contagiar a nadie mi infortunio.

(Gritos y latigazos de una partida de caza que termina.)
¡ Mirad, así es como dan con la pista del solita-rio jabalí!

ESCENA II

CHATTERTON, EL CUAQUERO, JOHN BELL, KITTY BELL.

JOHN BELL. (A su mujer.)
Habéis hecho mal, Kitty, en no decirme que era un personaje importante.

(Entra un criado con un servicio de te.)

KITTY BELL.

¿Lo es? De veras no lo sabía.

JOHN BELL.

Muy importante. Lord Talbot me ha mandado a decir que era amigo suyo y hombre de gran dis-tinción, que no quiere darse a conocer.

67

KITTY BELL.

¡Ay! ¿Entonces no es desgraciado? ¡ Cuánto me alegro! Pero no le hablaré; me voy.

JOHN BELL.

Quedaos, quedaos. Invitadlo a tomar el te con el doctor, en familia; eso agradará a lord Talbot.

(Va a sentarse a la derecha, cerca de la mesita de te.)

EL CUAQUERO. (A Chatterton, que hace ademán de retirarse a su cuarto.)

No, no; no te vayas: hablan de ti.

KITTY BELL. (Al cuáquero.)

Amigo mío, ¿ me hacéis el favor de preguntarle si quiere desayunar con mi marido y con mis hijos?
EL CUAQUERO.

Hacéis mal en invitarlo; no puede sufrir las invitaciones.
KITTY BELL.

Pero es que mi marido lo quiere.

EL CUAQUERO.

Su voluntad es soberana.

68

(A Chatterton.)
La señora invita a su huésped a desayunar y desea que tome el te en familia esta mañana.

(Bajo.)
No debéis aceptar; da este paso obligada por su marido, y no por su gusto.

JOHN BELL. (Sentado, leyendo el periódico, se di-rige a Kitty.)
¿Lo han invitado?

KITTY BELL.

El doctor le está hablando de eso.

CHATTERTON. (Al cuáquero.)
Tengo que retirarme a mi cuarto.

EL CUAQUERO. (A Kitty.)

Tiene que retirarse a su cuarto.

JOHN BELL.
Eso es orgullo: cree honrarnos demasiado.

(Vuelve la espalda y reanuda la lectura.)

CHATTERTON. (Al cuáquero.)
Yo no hubiera aceptado; me invitaban por com-pasión.

(Anda hacia su cuarto, el cuáquero lo sigue y lo

69

detiene. En este momento, un criado trae a los ni-ños y los sienta a la mesa. El cuáquero se coloca al fondo; Kitty Bell, a la derecha; John Bell, a la izquierda, de espaldas al cuarto; los niños, al lado de su madre.)

ESCENA III

LOS MISMOS, LORD TALBOT, LORD LAUDERDALE,

LORD KINGSTON Y TRES LORES en traje de caza.

LORD TALBOT. (Algo embriagado.)

¿Dónde está? ¿ Dónde está? ¡ Camarada, amigo

mío! ¿ Qué diablos haces aquí? ¿ Nos has abando-nado? ¿Ya no quieres nada con nosotros? Enton-ces, ¿hemos terminado? Como ahora eres ilustre, nos desdeñas. Yo no he aprendido nada bueno en Oxford, como no sea a boxear, conforme; pero eso no me impide ser amigo tuyo. Señores, aquí tenéis a mi buen amigo

...

CHATTERTON.

(Tratando de interrumpirlo.

)

Milord...
LORD TALBOT.

Amigo Chatterton.

CHATTERTON.

(Serio,

estrechándole

lamano.

)

¡Jorge,

Jorge!

¡ Siempre indiscreto!

70

LORD TALBOT.

¿Es que eso te molesta? Al autor de los poemas que tanto ruido meten, aquí lo tenéis. Señores, yo he ido con él a la Universidad. A fe mía que nun-ca hubiera sospechado tal talento. ¡ Ah, hipócrita, cómo me has engañado! Querido, aquí tienes a lord Lauderdale y a lord Kingston, que saben de memoria tu poema de Haroldo. ¡ Ah! Si quieres cenar con nosotros, quedarás contento de ellos, por mi honor. Dicen los versos como Garrick (1). La caza del zorro no te divierte; si no fuera por eso, te hubiera prestado Rebeca, que tu padre me ha vendido. Ya sabes que venimos todos a cenar aquí después de la caza. De modo que hasta esta noche. ¡Voto a Dios! Nos divertiremos. ¡ Pero es-tás de luto! ¡ Ah, demonio!

CHATTERTON. (Con tristeza.)

Sí, por mi padre.

LORD TALBOT.

¡ Ah, era muy viejo también! ¿ Qué quieres? Ahora heredarás.

CHATTERTON. (Con amargura.)

Sí. Todo lo que le quedaba.

(1) Célebre actor inglés, contemporáneo de Chatterton, reputado como uno de los mejores intérpretes de Shakespeare.

71

LORD TALBOT.

A fe mía, si te gastas el dinero tan noblemente como en Oxford, ganarás honra; entonces ya eras muy huraño. Pues bien: yo ahora me estoy vol-viendo como tú, de verdad. Tengo spleen; pero no me dura más que una hora o dos. ¡Ah! Mistress Bell, sois una puritana. Chocadla; hoy no me ha-béis dado la mano. Digo que sois una puritana; si no fuera por eso, os recomendaría a mi amigo.

JOHN BELL.

Vamos, responded a milord, Kitty. Milord, vues-tra señoría sabe lo tímida que es.

(A Kitty.)
Mostraos afable para con su amigo.

KITTY BELL.

Vuestra señoría no debe dudar del interés que mi marido se toma por las personas que se dignan hospedarse en su casa.

JOHN BELL.

Es muy arisca, milord; ¿ queréis creer que no le ha dirigido la palabra ni una sola vez? Ni una sola vez en los tres meses que lleva aquí.

LORD TALBOT.

¡Oh, señor John Bell, es una timidez que es ne-cesario corregirle! No está bien. Vamos, Chatter-ton, ¡qué diablo! Corrígela tú también, corrígela.

72

EL CUAQUERO. (Sin levantarse.)

Joven, desde hace cinco minutos que estás aquí no has dicho una palabra que no esté de sobra.

LORD TALBOT.

¿ Qué es eso? ¿ Quién es ese animal salvaje?

JOHN BELL.

Perdón, milord, es un cuáquero.

(Risas alegres.)

LORD TALBOT.

Es verdad. ¡ Oh, qué dicha! ¡Un cuáquero!

(Mirándolo con impertinencia.)
Amigos míos, es una caza que aun no habíamos
levantado.

(Carcajadas de los lores.)

CHATTERTON. (Se acerca rápido a Talbot. A me-dia voz.)
Jorge, todo esto es muy ligero; mi carácter no es para eso

... Tú

losabes,

¡ acuérdate de Primerose
Hill!

... Tendré que hablarte cuando vuelvas de

la
caza.

LORD TALBOT.

(Consternado.

)

¡ Ah!

Si

aun quieres jugar con

lapistola

...

como

quieras.

Pero yo creía haberte agradado.

¿Te he

73

afligido? Hemos bebido un poco seco esta maña-na, ¿ sabes? ¿ Qué es lo que he dicho yo? He que-rido ponerte a bien con todos ellos. Tú vienes aquí por la mujercita, ¿ eh? Ya lo he notado.

CHATTERTON.

¡Cielos! Milord, ni una palabra más.

LORD TALBOT.

Vamos, está de mal humor esta mañana. No le deis te verde, mistress Bell; me mataría esta tar-de, en serio.

KITTY BELL. (Aparte.)

¡Dios mío!, ¡ con qué descaro me habla!

LORD LAUDERDALE. (Se acerca a estrechar la mano a Chatterton.)

Contentísimo de conoceros, ¡pardiez! Vuestros versos me han divertido mucho.

CHATTERTON.

¿Divertido, milord?

LORD LAUDERDALE.

Ciertamente, y estoy encantado de veros insta-lado aquí; habéis sido más listo que Talbot; me haréis ganar la apuesta.

74

LORD KINGSTON.

Sí, sí; aunque desperdigue sus guineas en casa del marido, no conseguirá a Catalina

...

¿cómo?...

Kitty

...
CHATTERTON.

Sí,milord;

Kitty

es

el

diminutivo.

KITTY BELL.

¡ Aún!

Esos jóvenes me señalan con

el

dedo,

¡

y
delante de él!

LORD KINGSTON.

Creo que hubiera tenido cierta debilidad por él; pero vos

lo

habéis suplantado,

¡ pardiez!

Por lo
demás,

Jorge es un buen muchacho,

y

no os guar-
daría rencor.Me parece que no os

encontráis bien.

CHATTERTON.

Sobre todo en este momento,milord.

LORD TALBOT.

Basta,

señores,

basta;

no os propaséis.

Dos (

grooms entran a

la

vez.

)

UN GROOM.

Los caballos del milord están preparados.

75

LORD TALBOT. (Dando a John Bell golpecitos en el hombro.)

Mi buen John Bell: no hay vinos de Francia y de España tan buenos como los de la casa de vuestra devota mujercita. Deseamos beberlos a la vuelta, y tenedme por torpe si no os traigo diez zorros para hacerle pieles. Andad, venid a vernos salir. Pasad, Lauderdale, pasad. Hasta esta tarde, todos, si Rebeca no me esnuca.

JOHN BELL.

Señor Chatterton, he tenido sumo gusto en co-

noceros.

(Le aprieta la mano.)
Toda mi casa es vuestra.

(A Kitty, que iba a marcharse.)
Vamos, Catalina, charlad un poco con este jo-ven. Es preciso alquilarle un aposento mejor y más caro.
KITTY BELL.

Mis niños me esperan.

JOHN BELL.

Quedaos, quedaos; sed cortés; lo quiero en ab-soluto.

CHATTERTON. (Al cuáquero.)

Salgamos de aquí. Ver su último retiro invadi-do, su único descanso turbado, su dulce obscuridad

76

traicionada; ¡ ver penetrar en su noche tan gro-seras claridades! ¡ Oh, suplicio! Vámonos de aquí. ¿No os lo había dicho?

JOHN BELL.

Os necesito, doctor; dejad al señor con mi mu-jer; os reclamo sin réplica; tengo que hablaros. Ya os reconciliaré con su señoría.

EL CUAQUERO.

Yo no me muevo de aquí.

(Salen todos. El cuáquero permanece sentado en el centro de la escena. Kitty y Chatterton, algo cortados, quedan de pie, con los ojos bajos.)

ESCENA IV

CHATTERTON, EL CUAQUERO, KITTY BELL.

EL CUAQUERO. (A Kitty Bell.)

(Coge a Chatterton la mano izquierda y le pone la suya sobre el pecho.)
Los corazones jóvenes, sencillos y primitivos no saben aún ahogar las vivas indignaciones que pro-duce el trato de los hombres. Hijo mío, pobre hijo mío: la soledad llega a ser una aflicción peligro-sa. Viviendo de continuo en esa atmósfera no se

77

puede soportar el menor hálito extraño. La vida es una tempestad, amigo mío; es preciso acos-tumbrarse a resistir la marejada. ¿ No es una lástima, mistress Bell, que a sus años tenga que refugiarse en el puerto? Voy a dejaros hablar con él para que le regañéis.

KITTY BELL. (Turbada.)

No, amigo mío; no os vayáis, os lo ruego. John Bell se enfadaría al no encontraros aquí. Y, ade-más, ¿ no se tarda el señor en reunirse con sus amigos de la infancia? Me choca que no los haya seguido.

EL CUAQUERO.

El ruido te ha molestado muchísimo, ¿verdad, querida?
KITTY BELL.

¡ Ah! ¡El ruido y sus intenciones! ¿ El señor no
está en sus secretos?

CHATTERTON. (Aparte.)

¡ Los ha oído! ¡Está afligida! Ya no es la misma.

KITTY BELL. (Al cuáquero, con emoción mal con-tenida.)

Aun no he vivido bastante sola, amigo mío; bien lo siento.

78

EL CUAQUERO. (A Kitty Bell.)

No seas demasiado sensible a las locuras.

KITTY BELL.

Mirad qué libro he encontrado en manos de mi hija. Preguntad al señor si no le pertenece.

CHATTERTON.

En efecto, era mío, y tendría sumo gusto en que volviese a mis manos.

KITTY BELL. (Aparte.)

Parece tenerlo en mucha estima. ¡ Dios mío! Ahora ya no me atreveré a devolvérselo ni a que-darme con él.

EL CUAQUERO. (Aparte.)

¡Ah! En buen apuro se ha puesto.

(Se mete la Biblia en el bolsillo, después de exa-minar la confusión de ambos. A Chatterton.) Cállate, te lo pido; está a punto de llorar.

KITTY BELL. (Rehaciéndose.)

El señor tiene unos amigos muy alegres y, sin
duda, también muy buenos.

1979
EL CUAQUERO.

¡Ah! No se lo reprochemos; él no los busca.

KITTY BELL.

Bien sé que el señor Chatterton no los esperaba aquí.
CHATTERTON.

La presencia de un enemigo mortal no me hu-biese hecho tanto daño; creedlo, señora.

KITTY BELL.

¡Tienen cara de conocer tan bien al señor Chat-

terton! ¡Y nosotros los conocíamos tan poco!

EL CUAQUERO. (A media voz a Chatterton.)

¡Ah, miserables! La han herido en el corazón.

CHATTERTON. (Al cuáquero.)

Y a mí, señor.

KITTY BELL.

El señor Chatterton sabe su conducta, como ellos saben sus proyectos. ¿ Pero cómo ha inter-pretado su retiro aquí?

80

EL CUAQUERO. (Levantándose.)

¡ Que el cielo confunda para siempre esa raza de langostas que se abate sobre los campos, y que se llama los hombres amables! ¡Cuánto mal en un momento!

CHATTERTON. (Haciendo sentar al cuáquero.)

¡ En nombre de Dios! No salgáis sin que yo sepa por qué está enfadada conmigo. Eso me de-
sazona.

KITTY BELL.

El señor Bell me ha encargado ofrecer al señor Chatterton un cuarto mejor.

CHATTERTON.

¡Ah! Ninguno tan bueno como el mío para mis proyectos.
KITTY BELL.

Pero cuando uno le habla de sus proyectos, puede inspirar, a la larga, más temor del interés que primero inspiraba, y yo

...

¿Y...?

CHATTERTON.

KITTY BELL.
Me parece

...

81

EL CUAQUERO.

¿Qué vas a decir?

KITTY BELL.

Que esos jóvenes lores tienen, en cierto modo, derecho a sospechar de que su amigo los haya abandonado para ocultar su nombre y su vida en una familia tan modesta como la nuestra.

EL CUAQUERO. (A Chatterton.)

Tranquilízate, amigo mío; quiere decir que al llegar no tenías aspecto de ser el rico camarada de esos opulentos lores.

CHATTERTON. (Con gravedad.)

Si me hubieran preguntado mi fortuna, mi nombre y la historia de mi vida, yo no hubiese entrado aquí

...

Si

alguien me los preguntara hoy,
me marcharía.

EL CUAQUERO.

Un silencio nacido del orgullo puede ser mal comprendido;

ya

loves.

CHATTERTON.

(Va a

responder,

después renuncia
yexclama.

)

Una tortura más en un martirio,

¿qué importa?

CHATTERTON 6

8282
KITTY BELL. (Asustada.)

¡ Ay, Dios mío! ¿ Por qué ha huído de esa ma-
nera? ¡ Las primeras palabras que le dirijo le
causan pena!...

¿ Pero soy yo responsable tam-
bién?…..

¿Por qué ha venido aquí?

...

¡ No entiendɔ
nada de esto!

¡ Quiero saberlo!

..

¡ Toda mi familia
está trastornada por

él

y

para

él

!

¿Qué

lehe he-
cho yo?

¿Por qué,

en vez de traerlo,

no

lo

habéis
llevado a

otro sitio?

Yo nunca hubiera debido presentarme,

y

quisiera no haberlos visto jamás.

EL CUAQUERO.

(Con impaciencia ypena.

)

Sólo amí debíais haber dicho eso.

Yo no me
ofendo

ni me desespero.

Pero a

él

,

¡ qué error!

KITTY BELL.

Pero,

amigo mío,

¿habéis oído a

esos jóvenes?
¡ Dios mío!

¿Cómo es posible que tengan poder para perturbar así una vida que

el mismo Salva-
dor hubiera bendecido?

Decid,

vos que sois un
hombre,

vos que no sois de esos perversos desocu-pados,

vos que sois serio y

bueno,

vos que creéis
que hay un alma y

un Dios,

decidme,

amigo mío:
¿cómo debe entonces vivir una mujer?

¿Dónde
hay que ocultarse?

Me callaba,

bajaba los ojos,
había extendido sobre mí la soledad como un velo,
y

ellos

lo

han desgarrado.Me creía ignorada,

y
era conocida como una de sus mujeres;

respetada,
y

era objeto de una apuesta.

¿De qué han servi-

83

do, pues, mis dos hijos, siempre a mi lado como dos ángeles guardianes? ¿ De qué me ha servido la severidad de mi aislamiento? ¿ Qué mujer será respetada, ¡Dios santo!, si yo no he podido serlo, y si a la juventud le basta verla por la calle para apoderarse de su nombre y servirse de él como de una pelota que se tiran los unos a los otros?

(Se queda sin voz, llora.)
¡ Ay, amigo mío, amigo mío! Haced que no vuelvan nunca a mi casa.

EL CUAQUERO.
¿Quiénes?
KITTY BELL.

¿Quiénes han de ser?

...

Ellos

...

Todo

el mundo.

¿Cómo?

EL CUAQUERO.

KITTY BELL.

Y

él

tampoco

...

Sí,

él

.

EL CUAQUERO.

Pero,

entonces,

¿quieres matarlo?

Después de
todo,

¿qué ha hecho?

KITTY BELL.

(Con agitación.

)

¡ Dios mío!

¡ Matarlo yo!Yo,

que quisiera

...

¡ Oh,

Señor,Dios mío,

a

quien ruego sin cesar,

vos sa-

84

béis si he querido matarlo! Pero os estoy ha-blando y no sé si me escucháis. Os abro mi cora-

zón, y no me decís si leéis en él. Y si vuestros ojos han leído, ¿ cómo saber si no estáis descon-tento? ¡Ay, amigo mío!...

tengo aquí algo que
quisiera decir

...

¡

Si mi padre viviera aún!

Coge (

la mano del cuáquero.

)

Sí,

hay momentos en que quisiera ser católica para poder confesarme.En fin,

la confesión no es
más que una confidencia,

pero una confidencia di-
vinizada...

¡ que yo necesitaría ahora!

EL CUAQUERO.

Hija mía,

si

tu

conciencia y

la

contemplación
no te sostienen bastante,

¿por qué no vienes amí?

KITTY BELL.

Pues bien,

explicadme

la

turbación en que se
pone ese hombre;

las lágrimas que me arranca,

a

pesar mío,

su vista;

¡
sí

,

su sola vista!

EL CUAQUERO.

¡ Oh,mujer

!,
¡ débil mujer!

En nombre de Dios, disimula tu llanto,porque aquí llega.

KITTY BELL.

¡ Jesús!

Su rostro está desfigurado.

85

CHATTERTON. (Entrando descubierto, como un loco, atraviesa la estancia hablando solo.)

...

Y

al

fin y

al

cabo,

sus riquezas no son más
suyas que este cuarto mío.

El mundo no es más
que una palabra.

Uno puede perder o

ganar

el

mundo bajo palabra en un cuarto de hora.

Nin-
guno de nosotros posee más que sus seis pies,lo ha dicho

elviejo Will.

Os devolveré

la

habitación
cuando queráis;

deseo otra aún más pequeña.

Sin
embargo,

quisiera antes esperar

el

resultado de
cierta carta.

Pero no hablemos más de ello.

Se(

echa en un sillón.

)

EL CUAQUERO.

(Se levanta,

se acerca a

él

y

le

coge
la

cabeza.

Amedia voz.

)

Cállate,

amigo,

cállate,

no hables más.

Calma,
calma tu ardiente cabeza.

Deja pasar en silencio tus arrebatos yno asustes aesa mujer,

que nada
tiene que ver contigo.

CHATTERTON.

(Se levanta

deun salto

al oír las úl-
timas palabras del cuáquero,

ydice con una ironía estremecedora.

)

No hay nadie ahora en

la

tierra que no tenga
nada que ver conmigo.

Delante del mundo tengo que saludar ycallarme.

Cuando hablo,

esuna au-
dacia muy inapropiada,

de la que tengo que pedir humildemente perdón

...

Yo no buscaba más que un poco de descanso en esta casa,

el

tiempo pre-

86

ciso para acabar de hilvanar algunas páginas que debo; poco más o menos, como un carpintero debe al ebanista algunas tablas penosamente cepilla-das. Soy un fabricante de libros, nada más. No tengo necesidad de un taller mayor que el mío, y el señor Bell se ha conmovido demasiado de la amistad que lord Talbot me ha demostrado. A lord Talbot puede querérsele aquí, se comprende. Pero su amistad por mí no significa nada. Eso se basa en una antigua idea, que le quitaré con una palabra; en una antigua suma que yo borraré de su cabeza, y que mi padre se ha llevado en un pliegue de la mortaja; una suma, a fe mía, bas-tante considerable, y que me valía muchas reve-rencias y apretones de manos. Pero todo esto ha acabado; soy fabricante de libros. Adiós, señora;

adiós, señor. ¡ Ja! ¡

ja! ¡ Cómo pierdo el tiempo!
¡A trabajar, a trabajar!

(Sube a zancadas la escalera de su cuarto y se encierra en él.)

ESCENA V

EL CUAQUERO, KITTY BELL. (Consternada.)

EL CUAQUERO.

¡ Estás aterrada, Kitty!

Es verdad.

KITTY BELL.

87

EL CUAQUERO.
Y yo también.

KITTY BELL.

¿Vos también? ¡ Vos, tan fuerte; vos, que no os habéis conmovido por nada en mi presencia! ¡Dios mío! ¿ Qué hay aquí que yo no puedo com-prender? Ese hombre nos ha engañado a todos; ha entrado aquí como pobre, y es rico. ¿No le han hablado esos jóvenes como a su igual? ¿ Qué ha venido a hacer aquí? ¿ Qué ha pretendido inspi-rando compasión? Sin embargo, lo que dice pa-rece ser verdad, y él tiene aspecto de desgra-

ciado.

EL CUAQUERO.

Sería bueno que ese joven muriese.

KITTY BELL.

¡ Morir! ¿Por qué?

EL CUAQUERO.

Porque vale más la muerte que la locura.

KITTY BELL.

¿Y creéis?

...

¡ Ah!

Mi corazón desfallece.
Cae (

en un sillón.

)

888

EL CUAQUERO.

Que

la

razón más fuerte no soportaría

lo

que
él

sufre.

Debo decirte todo

lo

que pienso,

Kitty
Bell.

No hay en

el

cielo un ángel más puro que
tú.

La Virgen madre no echa sobre su hijo una mirada más casta que

la

tuya.

Y,

sin embargo,
tú has hecho,

sin quererlo,mucho mal a

tu alre-
dedor.
KITTY BELL.

¡ Cielos!

¿Es posible?

EL CUAQUERO.

Escucha,

escucha,

por favor.

Cómo

el mal sale
del bien,

y

el

desorden del orden mismo,

eso

es

lo
que no

te

puedes explicar,

¿verdad?

Pus bien:

es
necesario que sepas,

querida mía,

que ha bastado
para ello una mirada tuya,

inspirada por

lamás
bella virtud que tiene asiento a

ladiestra del Se-ñor,la

piedad.

Ese joven,

cuyo espíritu ha ma-durado demasiado de prisa,

con los ardores de

la
poesía,

como en una estufa ardiendo,

ha conser-
vado el corazón sencillo del niño.No tiene fami-lia,

y,

sin confesarlo,

busca una;

se ha acostum-
brado averte vivir junto aél

,

y

quizá está habi-
tuado a

inspirarse en tu vista yen tu gracia ma-ternal.

La paz que reina en torno tuyo ha sido
tan peligrosa para ese espíritu tan soñador,

como

el

sueño bajo

lablanca tuberosa;

no tienes tú

la

culpa

si

,

rechazado en todas partes,

seha creído

89

feliz con una acogida benévola; pero, en fin, esta existencia de simpatía silenciosa y profunda ha llegado a ser la suya. ¿Te crees con derecho para quitársela?
KITTY BELL.

¡Ay! Creéis entonces que no nos ha enga-
ñado?

EL CUAQUERO.

Lovelace tenía más de diez y ocho años, Kitty. ¡Y no lees sobre la frente de Chatterton la timi-dez de la miseria? Yo la he sondeado; es prc-
funda.'
KITTY BELL.

¡Dios mío, qué daño ha debido de hacerle lo que dije antes!

Lo creo, señora.

EL CUAQUERO.

KITTY BELL.

¿Señora? ¡Ah! No os enfadéis. ¡ Si supierais lo que he hecho y lo que iba a hacer!

EL CUAQUERO.

Quiero saberlo.

KITTY BELL.

He dado, a espaldas de mi marido, algunas can-tidades a cuenta del señor Chatterton. No osaba

90

pedírselas, y aun no las he recibido. Mi marido lo ha notado. En este mismo momento iba, proba-blemente, a determinar hablar de ellas a este jo-ven. ¡Cuánto os agradezco que me hayáis evitado esta mala acción! Sí, hubiera sido un crimen de seguro, ¿verdad?

EL CUAQUERO.

Orgulloso como sé que él es, hubiera cometido uno, seguramente, antes que dejar de satisface-ros. Amiga mía, cuidémosle. Tiene una enferme-dad moral y casi incurable, y algunas veces con-tagiosa; terrible enfermedad, que se apodera, so-bre todo, de las almas jóvenes, ardientes y poco avezadas a la vida, enamoradas de lo justo y de lo bello, que vienen al mundo para encontrar en él, a cada paso, todas las iniquidades y todas las
fealdades de una sociedad mal arreglada. Esta
enfermedad es el odio a la vida y el amor a la muerte: es el obstinado suicidio.

KITTY BELL.

¡ Oh, que el Señor lo perdone! ¿ Será yerdad?

(Se tapa la cara para llorar.)

EL CUAQUERO.

Digo obstinado, porque es raro que esos desgra-ciados renuncien a su proyecto cuando lo han de-cidido.

1691
KITTY BELL.

¿Ha llegado a eso? ¿ Estáis seguro? ¡Decidme la verdad! ¡ Decídmelo todo! ¡ No quiero que se mate! ¿ Qué ha hecho? ¿ Qué quiere? ¡ Un hombre tan joven!, ¡ un alma del cielo!, ¡una bondad angeli-cal!, ¡ un candor infantil!, ¡ un alma toda pureza, caer así en el crimen de los crímenes, que el mis-mo Jesucristo dudaría en perdonar! No; eso no sucederá; no se matará. ¿ Qué le hace falta? ¿ Di-nero? Pues tendrá dinero. Hemos de encontrarlo

en algún sitio para él. Mirad, mirad; aquí están las alhajas que nunca me he atrevido a llevar; tomadlas, vendedlas todas. ¡ Matarse! ¡ Aquí, de-lante de mí y de mis hijos! Vended, vended; diré lo que se me ocurra. Volveré a disimular; en fin, también yo cometeré un crimen: mentiré; eso es todo.

EL CUAQUERO.

Tus manos, tus manos, hija mía; deja que las
adore.

(Le besa las dos manos juntas.)
Tus pecados son inocentes, y, para ocultar tu piadosa mentira, tus hermanas las santas exten-derán sus velos; pero guarda tus joyas; ese hom-bre moriría veinte veces delante de un tesoro que él no hubiera ganado o heredado de su familia. Trataría inútilmente de luchar contra su falta única, vicio casi virtuoso, noble imperfección, pe-cado sublime: el orgullo de la pobreza.

92

KITTY BELL.

¿Pero no ha hablado de una carta que dice ha-ber escrito a cierta persona de quien espera so-corro?

EL CUAQUERO.

¡ Ah! ¡ Es verdad! Eso había escapado a mi
perspicacia; pero tu corazón lo habrá oído. Sí; he ahí una tabla de salvación. Me agarraré a ella al hablar con él.

(Intenta marcharse.)

KITTY BELL.

Pero

...

¿qué quería decir hablando de lord Tal-
bot?

" Puede querérsele aquí,

se

comprende.

"

EL CUAQUERO.

No

te

preocupes de esas palabras.

Un espíritu

absorto,

como

el

suyo,

en sus trabajos y

en sus

faenas es inaccesible a

las pequeñeces de un des-pecho celoso,

ymás aún a

las vanas fatuidades de esos aventureros.

¿Qué querría decir eso?

Sería
preciso suponer que ve a

ese Talbot como ensa-

yando seducciones contra Kitty Bell,

y

con éxito;
suponer que Chatterton se cree en

el

derecho de
mostrarse celoso;

&suponer que

el

encanto de esta
intimidad se hubiera convertido en una pasión?...
Si eso fuera

...

93

KITTY BELL.

¡ Oh, no digáis más nada!...

Dejadme huir.
Echa (

a

correr,

tapándose los oídos;

la voz del
cuáquero la persigue.

)

¡

Si

eso fuera,

por mi

fe,

preferiría dejar que
se matase!

ACTO TERCERO

El cuarto de Chatterton, sombrío, pequeño, pobre, sin fuego; una cama miserable y sin hacer.

ESCENA PRIMERA

CHATTERTON.

(Está sentado a los pies de la cama y escribe apo-yándose en las rodillas.)
Es cierto que no me ama. Y yo

...

yo no quiero
pensar más en ello.

Tengo las manos heladas,

la
cabeza ardiendo.

Heme aquí solo frente ami tra-bajo.No se

trata ya de sonreír yde ser bueno,

de
saludar y

de estrechar manos.

Esa comedia ha
terminado;

ahora comienzo otra conmigo mismo.

Es preciso que en este momento mi voluntad sea lobastante fuerte para apoderarse de mi alma y
llevársela por turno

al

cadáver resucitado de los
personajes que evoco y

al

fantasma de los que in-

vento.

O

bien

es

necesario que delante del Chat-
terton enfermo,

del Chatterton que tiene frío y hambre,

mi voluntad ponga con prestancia otro

Chatterton,

lindamente adornado,

para diverti-
miento del público,

y

que éste sea descrito por

el
otro:

el

trovador por

elmendigo.He aquí las dos

96

poesías posibles; eso no pasa de ahí. Divertirlos o inspirarles lástima; hacer trabajar a miserables muñecos o serlo uno mismo y hacer tráfico con esta mojiganga. Abrir el corazón para exponerlo en un escaparate. ¡ Si está herido, mejor! Vale más. ¡ Por poco mutilado que esté, se vende más caro!

(Se levanta.)

¡ Levántate, criatura de Dios, hecha a su ima-gen, y admírate todavía en este estado!

(Ríe y vuelve a sentarse. Un viejo reloj da la me-dia; dos golpes.)
¡No, no! La hora te avisa; ¡ siéntate y trabaja, desgraciado! Pierdes el tiempo reflexionando; no tienes que hacerte más que esta reflexión: eres un pobre. ¿ Lo oyes bien? ¡ Un pobre! Cada minuto de recogimiento es un robo que haces, es un mi-nuto estéril. ¡Vaya, vaya! ¡ Como si se tratase de las ideas, Dios santo! Lo que produce es la pala-bra. Hay palabras que pueden llegar a valer has-ta un chelín; el pensamiento no tiene curso en el mercado. ¡ Oh, vete, vete, te lo suplico, alado des-

aliento! ¡Desprecio de mí mismo, no vengas a aca-bar de perderme! ¡Vuélvete, vuélvete, pues que ahora mi nombre y mi casa son conocidos, y si mañana no he terminado este libro, estoy perdido, sí, perdido, sin esperanza! ¡Detenido, juzgado, condenado! ¡ Metido en la cárcel! ¡ Oh, degrada-ción! ¡Oh, vergonzoso trabajo!

(Escribe.)

97

Es positivo que esa mujer no me querrá jamás. Bueno, ¿ no podré cejar en esta idea?

(Largo silencio.)
Bien poco orgullo muestro en pensar todavía en ella. Pero ¿ que me digan por qué habría yo de tener orgullo? ¿ Orgullo de qué? No ocupo ningún puesto en ningún rango. Y, de seguro, lo que me sostiene es esta altivez natural, que me grita con-tinuamente al oído que no me doblegue, que no me presente con aspecto miserable. ¿Y para quién hace uno de feliz cuando no lo es? Creo que para las mujeres. Todos fingimos delante de ellas. Las pobres criaturas te toman por un trono. ¡ Oh, pu-blicidad, vil publicidad! A ti, que no eres más que

una picota donde el profano puede abofetearnos al -pasar. En general, las mujeres aman al que no

se humilla ante nadie. Pues bien: por el cielo, tie-nen razón. Al menos ésta, que me tiene al alcance

de sus ojos, no me verá bajar la cabeza. ¡ Oh, si me hubiese amado! (Se abandona largo tiempo a sus pensamientos.
Reaccionando violentamente.)
Pero, ¡ escribe, desgraciado, evoca tu voluntad!

¿Por qué es tan débil? ¡ No haber podido aún em- pujar ese espíritu rebelde, al que inútilmente ex- cita! ¡ He aquí otra humillación desconocida para mí! Hasta ahora la había visto siempre partir

antes que su amo; necesitaba un freno, y esta no-

che es la espuela lo que necesita. ¡ Ja, ja, el inmor- tal; ja, ja, el duro señor del cuerpo! ¿ Acaso os

CHATTERTON

98

paralizaría, espíritu soberbio, la miserable niebla que penetra en una habitación destartalada? ¿ Basta, orgulloso, un poco de pavor frío para

vencerte?

(Se echa sobre los hombros la manta de su cama.) ¡ Qué bruma tan espesa! Se la ve, a través de los cristales, extendida como una cortina blanca o como un sudario. Estaba colgada así de la ven-tana de mi padre la noche de su muerte.

(El reloj da tres cuartos.)
¡Otra vez! ¡ El tiempo me urge! ¡Y no tengo
nada escrito!

(Lee.)
" Haroldo! ¡ Haroldo!...

¡ Oh,

Cristo!

Haroldo

...
el

duque Guillermo

...

"

¡ Eh!

¿Qué me importa amí

el

tal Haroldo?
No puedo comprender cómo he escrito esto. Rompe (

el manuscrito mientras habla.

Un ligero
delirio

lo

sobrecoge.

)

He pasado por católico;

mentí.

Si

lo

hubiese
sido,

sería ahora monje trapense.

Un trapense
tiene por cama un ataúd;

pero,

al

fin y

al

cabo,
duerme.

Todos los hombres tienen una cama don-
de dormir;yo tengo una donde trabajo por dinero.

Se(

lleva

lamano ala cabeza.

)

¿Adónde voy?

¿Adónde voy?

La palabra arras-
tra la

idea apesar suyo

...

¡ Cielos!

¡ No anda así
la

locura?

Esto puede asustar

al más valiente

...
¡ Vamos,

cálmate!

Estaba releyendo esto

...

¡ Sí!

...

99

Aquel poema no está bastante bien

...

¡ Escrito de-
masiado de prisa!

¡ Escrito para vivir!

¡ Qué su-
plicio!

¡ La batalla de Hastings!

...

¡Los viejos Sa-
jones!...

¡ Los jóvenes Normandos!

¿Acaso me he
interesado yo por esto?No. Yentonces,

¿por qué
has hablado de ello?

¡ Cuando tendría tanto que decir de

lo

que veo!
Se(

levanta ypasea a

grandes pasos.

)

Reavivar frías cenizas,

cuando todo vibra y

su-

fre ami alrededor;

cuando

laVirtud pide socorro yse muere a

fuerza de llorar;

cuando

el

pálido
Trabajo es desdeñado;

cuando

la

Esperanza ha
perdido su ancla;

la

Fe,

su cáliz;

la

Caridad,

sus

pobres niños;

cuando

la

Ley

es

atea y

está co-
rrompida como una cortesana;

cuando

la

Tierra
grita ypide justicia

al Poeta contra los que

laca-
van sin cesar para coger su oro yle

dicen que
puede valerse sin

el

Cielo.

Yyo,

que siento eso,

¿no

le

responderé?

Sí,

¡ vive Dios

!,
le

responderé.
Echaré apuntapiés alos malos y

a

los hipócritas.
Descubriré a

Jeremías Miles y

a Warton.

¡ Ah,
miserable!

Pero

...

¡ esto es la Sátira!

Te vuelves
malo.

Llora (

largo tiempo con desolación.

)

Es mejor que escribas en esa niebla que se ha pegado atu ventana como a

lade tu padre.
Se(

para.Coge de

lamesa una tabaquera.

)

Este

esmi padre.

Aquí estáis.

Viejo marino,
buen capitán de navío,

dormíais por

la

noche y
durante

el

día os batíais.

Vos no erais un paria

100

inteligente como ha llegado a ser vuestro pobre hijo. ¿ Veis, veis este papel blanco? Si mañana no está lleno, iré a la cárcel, padre mío, y no tengo en la cabeza ni una palabra para ennegrecer este papel, porque estoy hambriento. He vendido, para comer, el diamante que estaba aquí, incrustado en esta caja, como una estrella sobre vuestra frente noble. Ahora ya no lo tengo, y sigo teniendo ham-bre. Además, como me habéis legado vuestro or-gullo, padre mío, no lo confieso. Pero vos, que erais anciano y que sabíais que se necesita dinero para vivir, y que no teníais qué dejarme, ¿ por qué me habéis engendrado?

(Tira la caja. Corre tras ella, se pone de rodillas y llora.)
¡ Ah, perdón, perdón, padre mío! Padre mío en-canecido. ¡ Me habéis besado tantas veces en vues-tras rodillas! ¡ Yo me tengo la culpa! ¡ Creí que era poeta! Yo me tengo la culpa; pero os aseguro que mi nombre no irá a la cárcel. Os lo juro, pa-dre mío. ¡ Mirad, mirad, aquí hay opio! Si no ten-go demasiada hambre, no comeré; beberé.

(Se deshace en lágrimas sobre la tabaquera, donde está el retrato.)

Alguien sube penosamente la escalera de ma-dera. Ocultemos este tesoro.

(Escondiendo el opio.)
¿Y por qué? ¿ Acaso no soy libre? ¿ Más libre

101

que nunca? Catón no escondió su espada. Sigue tal cual eres, Romano, y mira de frente.

(Coloca el opio en medio de la mesa.)

ESCENA II

CHATTERTON, EL CUAQUERO.

EL CUAQUERO. (Echando los ojos al frasquito.)

¡Ah!

¿Qué hay?

CHATTERTON.

EL CUAQUERO.

Conozco ese licor. Hay ahí lo menos sesenta granos de opio. Eso te produciría cierta exalta-ción, que primero te agradaría bastante como poeta, y luego un ligero delirio, y después dor-mirás pesadamente y sin soñar, te lo aseguro. Te has quedado mucho tiempo solo, Chatterton.

(El cuáquero deja el frasco sobre la mesa; Chat-terton lo coge a hurtadillas.)

CHATTERTON.

Y si quiero, ¿ no tengo derecho a quedarme solo para siempre?

102

EL CUAQUERO. (Se sienta sobre la cama; Chatter-

ton queda en pie, con la mirada fija y hosca.)

Eso decían los paganos.

CHATTERTON.

Que me den una hora de felicidad y me vol-veré un excelente cristiano. Eso que...

eso que te-
méis,

los estoicos

lo

llamaban salida razonable.

EL CUAQUERO.

Es verdad;

y
hasta decían que las causas que
nos atan a

la

vida no eran nada importantes.
Se podía salir de ella por razones fútiles.

Pero

es preciso considerar,

amigo mío,

que

la

Fortu-
na cambia amenudo y

tal vez mucho,

y

que,

si

puede hacer algo por alguien,

es

por un vivo.

CHATTERTON.

Pero tampoco puede nada contra un muerto. Yo digo que hace más daño que bien,

y

que

no
es malo evitarla.

EL CUAQUERO.

Tienes razón;

sólo que eso demuestra poco va-lor.Ir

a

ocultarse bajo una losa,

en.un hoyo,

por
temor a

ella,

es cobardía.

103

CHATTERTON.

¿Conocéis muchos cobardes que se hayan ma-tado?

EL CUAQUERO.

Aunque no fuese más que Nerón.

CHATTERTON.

Tampoco creo en su cobardía. Las naciones no quieren a los cobardes, y es el único nombre de emperador popular en Italia.

EL CUAQUERO.

Eso hace un elogio perfecto de la popularidad. Pero, además, no te contradigo. Haces bien en seguir tu proyecto, porque eso hará la felicidad de tus rivales. Se encontrarán bastantes impíos para divertir al público con graciosas bufonadas sobre el relato de tu muerte, y lo que ellos no hubieran podido nunca conseguir, se lo haces tú: te borras. Haces bien en dejarles la parte que te corresponde de ese hueso vacío de la gloria que todos roéis. Es muy generoso.

CHATTERTON.

Me dais más importancia de la que tengo. ¿Quién conoce mi nombre?

104

EL CUAQUERO. (Aparte.)

Aun vibra esta cuerda. Veamos qué saco de ella.

(A Chatterton.)
Se conoce tanto más cuanto que lo has querido ocultar.

CHATTERTON.

¿De verás? Me alegro mucho de saberlo. Pues bien, se pronunciará con más libertad después de mi muerte.

EL CUAQUERO. (Aparte.)

Por todos los caminos va a parar a la misma
idea.

(Alto.)

Sin embargo, esta mañana me pareció que es-perabas algo de una carta.

CHATTERTON.

Sí, había escrito al lord-alcalde, el señor Beck-ford, que trató a mi padre con bastante intimidad. Con frecuencia me habían ofrecido su protección, que yo siempre rechacé, porque no me gusta ser protegido. Contaba con las ideas para vivir. ¡ Qué locura! Ayer se me fueron todas; no me ha que-dado más que una: la de ensayar el protector.

105

EL CUAQUERO.

El señor Beckford pasa por uno de los hom-bres más honrados y más ilustrados de Londres. Hiciste bien. ¿ Por qué renunciaste después?

CHATTERTON.

Me bastó con ver luego a un hombre.

EL CUAQUERO.

Prueba a ver un cuerdo después de un loco. ¿Qué te importa?

CHATTERTON.

¿Para qué ese retraso? Los hombres de ima-ginación están eternamente crucificados; el sar-casmo y la miseria son los clavos de su cruz. ¿Por qué queréis que otro penetre en mi carne: el remordimiento de haberse humillado inútilmente? Quiero salir razonablemente. Me veo forzado a
ello.

EL CUAQUERO. (Levantándose.)

Que el señor me perdone lo que voy a hacer. ¡Escucha, Chatterton! Soy muy viejo, soy cris-tiano y de la secta más pura de la república universal de Cristo. He pasado toda mi vida con mis hermanos entre la meditación, la oración y la caridad. Voy a decirte, en nombre de Dios, una verdad, y, al decirla, voy a echar, para salvarte,

106

una mancha sobre mis cabellos blancos. ¡ Chatter-ton, Chatterton!, puedes perder tu alma, pero no tienes derecho a perder dos. Hay una que se ha unido a la tuya, y que tu infortunio acaba de atraer como dicen los escoceses que la paja atrae al deslumbrador diamante. Si tú te vas, ella se irá también; y así, como tú, sin estar en gracia e indigna de presentarse delante de Dios por toda la eternidad. ¡ Chatterton, Chatterton! Tú puedes dudar de la eternidad, pero ella no duda; tú se-rás juzgado según tus desdichas y tu desespera-ción, y puedes esperar misericordia; pero ella no, que era feliz y muy cristiana. Chatterton, te pido gracia para ella, de rodillas, porque ella es para mí en este mundo como mi propia hija.

CHATTERTON.

¡ Señor, amigo mío, padre mío! ¿ Qué queréis decir

...

?

¿Acaso

...

?

¡ Levantaos

... me avergonzáis

...

!

¿Será que

...

?

EL CUAQUERO.

¡ Favor!Si tú mueres,ella morirá también

...

CHATTERTON.

¿Pero quién?

EL CUAQUERO.

Porque

es

débil de cuerpo y

alma,

fuerte

de
corazón solamente.

107

CHATTERTON.

¡Nombradla! ¿ Me hubiera atrevido a creer

...

?

EL CUAQUERO.

(Levantándose.

)

Si

alguna vez

le

dices este secreto,

¡ desgracia-
do!,

eres un traidor,

y

no tendrás necesidad de suicidio:

te mataré yo.

¿Entonces

...

?

CHATTERTON.

EL CUAQUERO.

Sí

,

lamujer de un viejo amigo,

de

tu

huésped

...

La madre de los bellos niños.

¡ Kitty Bell!

CHATTERTON.

EL CUAQUERO.

Te ama.

¿Persistes en matarte?

CHATTERTON.

(Cayendo en brazos del cuáquero.

)

¡ Ah!

¿Entonces no puedo ya vivir

ni morir?

EL CUAQUERO.

(Con energía.

)

¡Tienes que vivir,

callarte y

rezar!

108

ESCENA III

La trastienda.

KITTY BELL, EL CUAQUERO.

KITTY BELL. (Sale sola de su cuarto, y mira.)

¡ Nadie! ¡Venid, hijos míos! Nunca debe uno ocultarse más que para hacer bien. ¡ Id corriendo a su cuarto! Llevadle

...

Al (

cuáquero.

)

Vuelvo,

amigo mío,

vuelvo a

escucharos.

(

Asus hijos.

)

Llevadle toda

la

fruta.

No digáis que yo

os
mando,

y

subid sin hacer ruido.

¡ Bien,

bien!

Los (

dos niños,

llevando un cesto,

suben despacio
la escalera,

y

entran en

el

cuarto de Chatterton.

Cuando llegan arriba

:)

¿

Yqué,

amigo mío,

creéis que

el

buen alcalde
le

socorrerá?

¡ Oh,

consentiré en todo

lo

que que-

ráis aconsejarme! EL CUAQUERO. Sí

,

será necesario que,

dentro de poco tiempo, se vaya a

vivir a

otra casa,

si

es

posible fuera
de Londres.

109

KITTY BELL.

¡Bendita la casa en que sea dichoso, puesto que no puede serlo en la mía! Me contento con que viva.

EL CUAQUERO.

No le hablaré ahora de esta resolución; lo iré preparando poco a poco.

KITTY BELL. (Con miedo de que el cuáquero no se lo consienta.)

Si queréis, le hablaré yo.

EL CUAQUERO.

Todavía no; será demasiado pronto.

KITTY BELL.

¿Pero si, como decís, no es para él más que una costumbre que romper?

EL CUAQUERO.

Sin duda

...

es muy huraño.

Los autores no
quieren más que a

sus manuscritos

...

Nadie

le
importa,

no quiere a

nadie

...

Sin embargo sería

demasiado pronto. KITTY BELL.
¿Por qué entonces demasiado pronto,

si

pen-

sáis que su

presencia

es

tan fatal?

110

EL CUAQUERO.

Sí, lo pienso, no me retracto.

KITTY BELL.

Sin embargo, si es necesario, estoy pronta a decírselo ahora aquí mismo.

EL CUAQUERO.

No, no, sería echarlo todo a perder.

KITTY BELL. (Satisfecha.)

Entonces, amigo mío, convenid en ello; si se queda aquí, yo no puedo tratarlo mal; es preciso que se haga todo lo posible por amortiguar sus desdichas. Le he mandado a mis hijos para dis-traerlo, y ellos se han empeñado en llevarle su merienda, su fruta, ¿ qué sé yo? ¿ Soy culpable de tal crimen, amigo mío? ¿ Es uno de mis hijos?

(El cuáquero, al sentarse, se vuelve para enjugar una lágrima.)

¿Dicen que hace libros muy bonitos? ¿ Los ha-béis leído vos?

EL CUAQUERO. (Con afectada indiferencia.)

Sí, es un gran genio.

111

KITTY BELL.

¡Y tan joven! ¿ Es posible? ¡Ah! No queréis res-ponderme, y hacéis mal, pues nunca olvido una pa-labra vuestra. Esta mañana, por ejemplo, aquí mismo, ¿ no me habéis dicho que devolver a un desgraciado el regalo que hizo es humillarlo y ha-cerle medir toda su miseria? Por eso estoy segu-ra de que vos no le habéis devuelto la Biblia. ¿ No es verdad? Confesadlo.

•

EL CUAQUERO. (Tendiéndole la Biblia lentamente, haciéndosela esperar.)

Toma, hija mía, como soy yo quien te la doy, puedes quedarte con ella.

KITTY BELL. (Se sienta a sus pies como los niños cuando piden un favor.)

¡Oh, amigo mío, padre mío, vuestra bondad tie-ne a veces un aire severo, pero siempre es la me-jor de las bondades! Estáis por encima de to-dos nosotros por vuestra prudencia; podríais ver a vuestros pies todas nuestras tormentas que des-preciáis, y, sin embargo, sin ser alcanzado, tomáis parte en ellas, sufrís por indulgencia y luego de-jáis caer algunas palabras, y las nubes se disipan, y nosotros os damos las gracias, y las lágrimas se secan, y sonreímos, porque vos lo habéis per-mitido.

112

EL CUAQUERO. (Besándola en la frente.)

¡ Hija mía! ¡ Querida hija mía! Contigo, al me-
nos, estoy seguro de no tener nada que repro-charme.

(Hablan dentro.)
¡Alguien viene

...

!

¡ Con tal que no sea uno

de
sus amigos!

¡ Ah!

Es Talbot

...

estaba seguro.
Se(

oye

el

cuerno de caza.

)

ESCENA IV

LOS MISMOS,

LORD TALBOT,

JOHN BELL.

LORD TALBOT.

Sí,

sí

,

voy a

reunirme con todos;

¡ que

se

rego-

cijen!

Yo ya no tengo

el

corazón para alegrías.
Estoy harto de ellos;

dejadlos cenar sin mí.

Me

he divertido bastante en verlos arruinarse para tratar de seguirme;

ahora,

ese juego me fastidia.
Señor Bell,

tengo que hablaros.

No me habíais
contado las penas

ni

la

pobreza de mi amigo,

de
Chatterton.

JOHN BELL.

(
AKitty Bell.

)

Mistress Bell,

vuestra ausencia es necesaria

...

por un instante.
Kitty (

Bell se marcha lentamente asu habitación.

)

Pero,milord,

sus penas yo no las veo;

y

en
cuanto a

su pobreza,

sé

que aquí no debe nada.

113

LORD TALBOT.

¡ Cielos! ¿ Cómo se arregla? ¡ Oh, si supieseis, y vos también, buen cuáquero, si supieseis lo que acaban de decirme! En primer lugar, sus bellos poemas no le han dado ni un pedazo de pan. Cla-ro. Son poemas y son bellos: es el curso natural de las cosas. Además, no sé qué especie de eru-dito, un miserable desconocido y malo, acaba de publicar -¡quiera Dios que no se entere!-una ca-lumnia atroz. Pretende probar que Haroldo y to-dos sus poemas no son de él. Pero yo atestiguaré lo contrario, yo que se los vi inventar aquí a mi lado, siendo aún niño; lo atestiguaré, lo imprimi-ré y firmaré Talbot.

EL CUAQUERO.

Está bien, joven.

1

LORD TALBOT.

Pero no es eso todo. ¿ No habéis visto ir
por vuestra casa a un tal Skiner?

JOHN BELL.

y venir

Sí, sí, ya sé; un rico propietario de varias ca-sas en la City.

El mismo.

CHATTERTON

LORD TALBOT.

8

114

Vino ayer.

JOHN BELL.

LORD TALBOT.

Pues bien, trata de mandarlo a la cárcel, él, tres veces millonario, por cierto insignificante alquiler que le debe. Y Chatterton

...

¡ Oh!

Es horrible pen-
sarlo.

Quisiera,

tan vergonzoso

es

para

el

país,
quisiera poder decirlo todo tan bajo,

que

ni

el
aire

lo

oyese.

Acercaos los dos.

Chatterton,

para
salir de su casa,

ha prometido por escrito y

fir-
mado...

¡ Oh,

lo

he leído

...

!

Ha firmado que

el

día

tal- yese día

seacerca -pagaría su deuda,

yque,
si moría mientras tanto,

vendería a

la Escuela

de Cirugía

...

no

se

atreve uno a

decir esto

...

su

cuerpo para pagarlo;

¡

y

el millonario ha acep-tado el escrito!

EL CUAQUERO.

¡ Oh,miseria!

¡ Sublime miseria!

LORD TALBOT.

No hay que pensar en eso;

yo daré todo sin
que

él

se

entere;

pero ¿

os

explicáis su tranqui-lidad?

EL CUAQUERO.

Ysu altivez,

¿no

la

comprendes

tú,

amigo?

115

LORD TALBOT.

Hombre, yo lo conocía antes que vos, quiero verlo. Sé en qué tono hay que hablarle. Es pre-ciso forzarlo a ocuparse de su porvenir...

,

y,

ade-
más,

tengo que reparar una cosa.

JOHN BELL.

¡ Diablo,

diablo!

Nos ha salido un mal negocio; al verlo tan a

bien con vos,

creí que era un
verdadero caballero;

pero todo eso podrá traer a mi casa un gran escándalo.Mirad,

francamente,
deseo que advirtáis a

ese joven que no puede se-guir aquí más de un mes,milord.

LORD TALBOT.

Con (

una risa amarga.

)

No hablemos más de ello,

señor;

espero,

si me
hace

el

honor de venir a

ella,

que mi casa

lo

compensará de

la

vuestra.

KITTY BELL.

(Vuelve tímidamente.

)

Antes que su señoría

se

retire,

quisiera pre-
guntarle una cosa,

con permiso del señor Bell.

JOHN BELL.

(Paseándose bruscamente por

el

fon-
do de la habitación.

)

No tenéis necesidad de mi permiso.

Decid

lo
que os plazca.

116

KITTY BELL.

¿Conoce, milord, al señor de Beckford, el lord-alcalde de Londres?

LORD TALBOT.

¡Por Dios, señora! Creo que hasta somos un poco parientes; lo veo siempre que pienso que no me molestará, es decir, una vez al año. Siempre me dice que tengo deudas, y en lo que a mí ata-ñe, me resulta tonto; pero en general es estimado.

•

KITTY BELL.

El señor doctor me ha dicho que era todo sa-biduría y caridad.

LORD TALBOT.

A decir verdad, y hablando en serio, es el hom-bre más honrado de los tres reinos. Si alguna cosa deseáis de él

...

lo iré a

ver esta misma
noche.
KITTY BELL.

Creo que hay aquí alguien que tendrá que acu-dir a

él.

En(

esto baja Chatterton de su cuarto con los
dos niños.

)

JOHN BELL.

¿Qué queréis decir?

¿Estáis loca?

117

KITTY BELL. (Satudando.)
Nada más que lo que queráis.
LORD TALBOT.

Pero dejadla hablar al menos.

EL CUAQUERO.
El único recurso que resta a Chatterton es esa protección.
LORD TALBOT.

¿ Es para él? Allá voy.

JOHN BELL. (A su mujer.)

¿Cómo estáis tan bien enterada de sus asuntos?

EL CUAQUERO.
Se lo he contado yo.

JOHN BELL. (A Kitty.)

¡ Si alguna vez

...

!

KITTY BELL.
¡ Oh,

no

os

sulfuréis,

señor!

No estamos solos.

118

JOHN BELL.

No habléis más de ese hombre.

(Aquí, Chatterton, que ha devuelto los dos niños a su madre, se acerca a la chimenea.)

Como lo ordenéis.

KITTY BELL.

JOHN BELL.

Milord, aquí tenéis a vuestro amigo, sabréis por él mismo lo que piensa.

• ESCENA V

CHATTERTON, LORD TALBOT, EL CUAQUERO, JOHN BELL, KITTY BELL.

(Chatterton presenta aspecto tranquilo y casi ale-gre. Echa sobre un sillón algunos manuscritos.)

LORD TALBOT.

Tom, vuelvo para haceros un favor; ¿ me lo permitís?

CHATTERTON. (Con una voz dulce como la de un

niño, y sin cesar de mirar a Kitty Bell durante toda la escena.)

Estoy resignado, Jorge, a todo lo que quieran,
a casi todo.

119

LORD TALBOT.

¿Tenéis, pues, un mal negocio con ese bribón de Skirner? Quiere haceros prender mañana.

CHATTERTON.

No lo sabía, pero tiene razón.

JOHN BELL. (Al cuáquero.)

Milord, es demasiado bueno para él; ¿ no veis

qué aire de altivez?

LORD TALBOT.

¿Tiene razón?

CHATTERTON.

Tiene razón, según la ley. Debía haberle pagado ayer, con el precio de un manuscrito que no he concluído; firmé esta promesa; si he tenido penas, si la inspiración no se ha presentado a la hora fijada, eso no tiene nada que ver con él. Sí, yo no debía contar hasta ese punto con mis fuerzas, y fijar la llegada de una musa y su partida como
se calcula la carrera de un caballo. He faltado al respeto a mi alma inmortal, la he alquilado por horas, la he vendido. Yo soy el que hice mal, me-rezco las consecuencias.

EL CUAQUERO. (A Kitty Bell.)

¡Apostaría a que lo toman por loco! Es dema-siado sublime para ellos.

120

LORD TALBOT. (Riendo, pero un poco picado.)

¿ Pues qué? Lo defendéis por miedo a opinar como yo.
JOHN BELL.

Es verdad, es por el afán de contradecir.

CHATTERTON.

No

...

Ahora pienso que todo

el mundo tiene ra-zón,menos los poetas.

La Poesía es una enfer-medad del cerebro.

No hablo de mí,

ya estoy
curado.

EL CUAQUERO.

(

A

Kitty.

)

No me gusta que diga eso.

CHATTERTON.

No volveré a

escribir un verso en mi vida,

os

lojuro;

suceda

lo

que suceda,

no escribiré

ni

uno
más.

EL CUAQUERO.

Sin (

quitarle

la

vista.

)

¡ Hum!

Vuelve a

caer.

LORD TALBOT.

¿Es verdad que contabais con

el

señor Beck-
ford,

con mi viejo primo?Me sorprende que no hayáis contado antes conmigo.

121

CHATTERTON.

El lord-alcalde es a mis ojos el Gobierno, y el Gobierno es Inglaterra, milord; es con Inglate-rra con quien cuento.

LORD TALBOT.

A pesar de eso, le diré lo que queráis.

No se lo merece.

JOHN BELL.

EL CUAQUERO.

¡ Bien por la rivalidad de protecciones! El vie-

jo lord querrá proteger mejor que el joven. Quizá
salgamos ganando.

(Se oye trepidar de ruedas en la calle.)

KITTY BELL.

Me parece oír un coche.

122

ESCENA VI

LOS MISMOS, EL LORD -ALCALDE.

.

(Los jóvenes lores bajan, servilleta en mano y en traje de caza, para ver al lord-alcalde. Entran seis criados con antorchas y se colocan en fila. El lord-alcalde es anunciado.)

KITTY BELL.

¡Viene el mismo lord-alcalde a ver al señor

Chatterton! ¡ Raquel! ¡ Hijos míos! ¡ Qué dicha!
Dadme un beso.

(Corre a ellos y los besa con transporte.)

JOHN BELL.

¡ Las mujeres sufren accesos de locura inexpli-
cables!

EL CUAQUERO. (Aparte.)

La madre da a sus hijos un beso de amante sin saberlo.

BECKFORD. (Hablando alto y repantigándose pe-sada y pomposamente en un sillón.)

Vaya, vaya, aquí están, creo, reunidos todos los que buscaba. ¡ Ah, John Bell, mi leal amigo, se vive a gusto en vuestra casa! ¡ Me parece!

123

Pues veo en ella alegres caras que gustan del bullicio y del desorden más de lo que es razón. Cosas de la edad.

JOHN BELL.

Milord, vuestra señoría me honra mucho vi-niendo a mi casa por segunda vez.

BECKFORD.

Sí, ¡

juro a Dios, amigo Bell; es la segunda vez
que entro aquí

...

!

¡ Ah!

¡ Qué niños tan bonitos

...

!

Sí,

la

segunda vez,

pues

la

primera fué para fe-
licitaros por la

acertada fundación de vuestras manufacturas;

y

hoy encuentro esta nueva casa más bella que nunca;

es

vuestra mujercita quien
la administra,muy bien.

Primo Talbot,

¡ no de-

cís nada!

Os he interrumpido,

Jorge;

¿estabais
de fiesta con vuestros amigos,

eh?

Primo Talbot,
nunca seréis más que un libertino;

cosas de la
edad.
LORD TALBOT.

No

os

ocupéis de mi,

querido lord.

LORD LAUDERDALE.

Es

loque todos los días

le

repetimos,milord.

BECKFORD.

¿

Yvos también,

Lauderdale,

y

vos,

Kingston?
¿Siempre con

él

?

¿Siempre cantando,

jugando y

124

bebiendo toda la noche? Acabaréis todos mal pero no os guardo rencor; cada uno tiene derecho a gastar su fortuna como Dios le dé a entender. John Bell, ¿ no tenéis en vuestra casa a un joven llamado Chatterton, por quien he querido venir yo mismo?
CHATTERTON.

Soy yo, milord, que os he escrito.

BECKFORD.

¡ Ah! Sois vos, querido? Acercaos un poco que os vea la cara. Conocí a vuestro padre, un hombre digno como no hay otro; un pobre soldado que había hecho honradamente su camino. ¡ Ah! ¿En-tonces sois vos Tomás Chatterton? Mi joven ami-go, os habéis entretenido haciendo versos; está

bien para una vez, pero no se puede continuar.

A todos nos ha dado alguna vez por ahí. ¡ Je, je! Yo hice como vos en mi primavera, y ni Little-ton, ni Swift, ni Wilkes han escrito nunca para las bellas damas versos más galantes y más frí-
volos que los míos.

CHATTERTON.

No lo dudo, milord.

BECKFORD.

Pero yo no daba a las musas más que los ra-tos perdidos. Bien sabía yo lo que de ellas dice

125

Ben Jonson: que la musa más bella del mundo no puede bastarse a nutrir a su hombre, y que es preciso tener a esas señoritas de queridas, pero nunca de mujeres.

(Lauderdale, Kingston y los demás lores ríen.)

LORD LAUDERDALE.

¡Bravo, milord! ¡Es la pura verdad!

EL CUAQUERO. (Aparte.)

Quiere matarlo a fuego lento.

CHATTERTON.

Nada más cierto, ahora lo comprendo, milord.

BECKFORD.

Vuestra historia es la de miles de muchachos; no habéis podido hacer más que vuestros maldi-tos versos, ¿ y para qué sirven, decidme? Os ha-blo como padre...

¿para que sirven?

Un buen in-

glés debe ser útil a

su país.

Veamos,

¿qué idea
tenéis de nuestros deberes comunes?

CHATTERTON.

Aparte (

.

)

¡ Por ella,

por ella!

Beberé

el

caliz hasta las
heces.

126

(Alto.)
Creo comprenderlos, milord.

Inglaterra es un
navío. Nuestra isla tiene forma parecida: la proa vuelta hacia el Norte está como anclada en medio de los mares, vigilando el continente. Sin cesar saca de su seno otros navíos hechos a su imagen, y que llevan su representación a todas las costas del mundo. Pero nuestro trabajo está a bordo del gran navío. El rey está junto a la bandera; los lores, los comunes, en el timón y en la brújula; todos los demás debemos tener nuestras manos en las jarcias, subir a los mástiles, desplegar las ve-las y cargar los cañones; todos formamos parte de la tripulación, y ninguno es inútil en la ma-niobra de nuestro glorioso navío.

BECKFORD.

¡ No está mal, no está mal! Aunque todavía es-criba versos; pero, aun admitiendo lo que decís, ya veis que sigo teniendo razón. ¡ Qué diablo pue-de hacer el poeta en la maniobra?

(Una pausa.)

CHATTERTON.

Lee en los astros el camino que nos muestra el dedo del Señor.
LORD TALBOT.

¿ Qué os parece, milord? ¿ No lo aprobáis? El piloto no es inútil.

127

BECKFORD.

Imaginación, ¡ querido!, o locura, da lo mismo;
no servís para nada, y os habéis vuelto así por
esas pampiroladas. Me han dado informes vues-tros...

para hablaros francamente

...

y

...

LORD TALBOT.

Milord,

es

amigo mío,

yme obligaríais tratán-
dolo bien...
BECKFORD.

¡ Ah!

¿Os interesáis por

él

,

Jorge?

Pues bien,

quedaréis contento;

he hecho alguna cosa por vuestro protegido,

a

pesar de las averiguaciones
de Bale

...

Chatterton no sabe que

se

han descu-

bierto las pequeñas mañas que emplea en sus ma-nuscritos;

pero son bien inocentes,

y

se las per-

dono de todo corazón.El Magisterial es un buen periódico:

os

lo

traigo para convertiros,

con una

carta que

os

dará a

conocer mis proposiciones:
se trata de cien libras esterlinas al año.No seáis niño,

no las desdeñéis;

¡ qué demonio

!,
vuestro pa-

dre no era de laestirpe de Júpiter,

no era herma-
ro del rey vuestro padre;

y,

en verdad,

vos no

servís para nada más que para

lo

que

os

propo-
nen.

Es un buen comienzo,

no

os

separéis de mí,
yo os vigilaré de cerca.

Kitty (

Bell,

con una mirada,

suplica a

Chatter-
ton que no rehuse.

Ha adivinado su indecisión.

)

128

CHATTERTON. (Vacila un momento antes de mirar a Kitty.)

Me someto a todo, milord.

LORD LAUDERDALE.

¡ Qué bueno es milord!

JOHN BELL.

¿ Queréis aceptar el primer brindis, milord?

KITTY BELL. (A su hija.)

Id a besarle la mano.

EL CUAQUERO. (Estrechando la mano a Chat-terton.)

Bien, amigo mío, has estado valiente.

LORD TALBOT.

Estaba seguro de mi hinchado primo Tom. Va-mos, he trabajado tanto que ya ha arribado a buen puerto.
BECKFORD.

John Bell, mi honorable John Bell,

llevadme

adonde cenan éstos locuelos, que yo los vea sen-tarse a la mesa. Eso me rejuvenecerá.

129

LORD TALEOT.

Todos irán, incluso el cuáquero. A fe mía, mi-lord, sea por vos o por mí, ya está Chatterton tranquilo; vamos

...

,

no nos ocupemos más del
asunto.

JOHN BELL.

Vamos todos a

acompañar amilord.

(

AKitty Bell.

)

Quiero que vengáis a

hacer los honores.
Ella (

va hacia su cuarto.

)

CHATTERTON.

(Al cuáquero.

)

¿No he hecho todo

lo

que deseabais?

Muy (

alto,

al

señor Beckford.

)

Milord,

dentro de un instante soy vuestro;

ten-

go que quemar algunos papeles.

BECKFORD.

¡ Bien,

bien

...

!

Se corrige de su manía,

está
bien.
Salen (

.

)

JOHN BELL.

(Volviéndose a

su mujer brusca-
mente.

)

Entrad en vuestro cuarto,

¿qué hacéis

?,

y

acor-

daos de que os espero. Kitty (

Bell

se

para un momento en

la

puerta y
mira aChatterton con inquietud.

)

CHATTERTON

130

KITTY BELL. (Aparte.)

¿Para qué querrá quedarse solo, Dios mío?

(Sale con sus niños, llevando en brazos al más pequeño.)

ESCENA VII

CHATTERTON. (Solo, paseándose.)

Andad, mis buenos amigos. Es muy extraño que mi destino cambie así de repente. Me cuesta trabajo fiarme, y, sin embargo, las apariencias me lo aseguran. Ahí tengo mi fortuna. ¿ Qué ha querido decir ese hombre al hablar de mis ma-ñas? ¡ Ah!, lo que todos dicen. Han adivinado lo que yo mismo les confesaba: que soy el autor de mi libro. ¡ Grosera sutileza! ¡Ahí se conocen! ¿Qué será esa plaza? ¿ Algún empleo de oficina? Mejor, ¡ eso es honroso! Podré vivir sin escribir las cosas comunes que dan para vivir. El cuáque-rc volverá a su paz de espíritu que yo le he qui-tado, y ella, ¡ Kitty Bell!, no morirá si es verdad
que la hubiera matado. ¿ Debo creerlo? Lo dudo: lo que se esconde así, tan fácilmente, es siempre poco importante, y, para ser tan amante su alma, es muy maternal. No importa, más vale así, no volveré a verla. Está resuelto

...

,

tanto hubiera
valido matarme.

Es fácil ocultar un cadáver.

A
ella no se

lo

hubiera dicho.

El cuáquero hubiera

131

tenido buen cuidado; está en todo. Y ahora, ¿para qué vivir? ¿ Para quién

...

?

Para que viva ella,

es
bastante

...

Vamos

...

deteneos,

ideas negras,

no

volváis... Leamos esto

...

Lee (

elperiódico.

)

Chatterton "

no es el autor de sus obras

...

Está
probado.

Esos admirables poemas son,

en reali-
dad,

de un monje llamado Rowley,

que los tra-

dujo de otro monje del siglo x,

llamado Turgot

...

Esta impostura,

perdonable en un escolar,

sería
criminal más tarde

...

Firmado

...

Bale

...

"
¿Bale?
¿Qué

es

esto?

¿Qué

lehe hecho yo?

¿De qué albañal
sale esa serpiente?

¡ Qué!

¡ Mi nombre,

borrado!

¡ Mi gloria,

eclipsada!

¡ Mi honor,

perdido!

¡ He

aquí

el

juez

...

!

¡ El bienhechor!

Veamos qué ofrece.

Abre (

la carta,

lee y

exclama con indignación.

)

¡ Una plaza de primer ayuda de cámara en su

casa.

¡ Ah,

condenado país!

¡ Tierra del despre-
cio!

¡ Maldita seas!
¡ Alma mía,

te

había vendido!

Vuelvo a

com-

prarte con esto.
Bebe (

el

opio.

)

¡ Skriner cobrará!

¡ Ahora libre de todos!

¡ Igual
a

todos!

¡ Salud,

primera hora de reposo que he disfrutado!

¡ Ultima hora de mi vida,

aurora del
día eterno,

salud!

¡ Adiós,

humillaciones,

odios,
sarcasmos,

trabajos degradantes,

incertidumbres,
angustias,

miserias,

torturas del corazón;

adiós!
¡ Oh,

qué dicha,

os

digo adiós!

¡
Si

supieran,

si

su-

132

pieran esta dicha que siento

...

no dudarían tanto
tiempo!
Aquí (

,

después de un instante de recogimiento,du-rante el cual su rostro toma una expresión de bea-titud,

junta las manos y

prosigue.

)

¡Oh,

Muerte,

ángel.de libertad,

qué dulce

es
tu paz!

Tenía razón en adorarte,

pero no tenía
la

fuerza de hacerte mía.

Sé que tus pasos serán
lentos y

seguros.Mírame,

ángel severo,

quitarles
atodos

lahuella de mis pasos en esta tierra. Echa (

al

fuego todos sus papeles.

)

¡ Andad,

nobles pensamientos,

escritos para to-dos esos ingratos desdeñosos,

purificaos en las lla-mas y

subid

al

cielo conmigo!
Levanta (

los ojos

al

cielo,

y

desgarra lentamente
sus poemas,

con

la

actitud grave y

exaltada de
un hombre que hace un sacrificio solemne.

)

ESCENA VIII

CHATTERTON,

KITTY BELL.

Kitty (

Bell sale despacio de su habitación,

se
para,

observa aChatterton yva a

colocarse entre
la

chimenea y

él

,

que cesa repentinamente de des-garrar papeles.

)

KITTY BELL.

Aparte (

.

)

.

Pero ¿qué hace?

No me atreveré a

hablarle
nunca.

¿Qué

es

lo

que está quemando?

Esa llama

133

me da miedo, y su semblante, iluminado por ella, resulta lúgubre.

(A Chatterton.)
¿ No os vais con milord?

CHATTERTON. (Deja caer sus papeles; le tiembla todo el cuerpo.)

¡Ya! ¡Ah, sois vos! ¡Ah, señora! ¡ De rodillas!
¡ Por compasión! Olvidadme.

KITTY BELL.

¡ Dios mío! ¿ A qué viene eso? ¿ Qué habéis hecho?
CHATTERTON.

¡Voy a partir! ¡Adiós! ¿Qué queréis, señora? Es preciso que las mujeres no se dejen engañar más tiempo por nosotros. Las pasiones de los poe-tas no existen apenas. No se debe tener cariño a esa gente; francamente, ellos no quieren a nadie: todos son unos egoístas. El cerebro vive a expen-sas del corazón. No los leáis nunca y no los tra-téis; yo fuí peor que todos ellos.

KITTY BELL.

¡Dios mío! ¿ Por qué decís “fuí ”?

CHATTERTON.

Porque ya no quiero ser poeta; ya veis, todo lo he destrozado. Lo que voy a ser tampoco val-

134

drá más, pero ya veremos. ¡ Adiós! ¡ Escuchadme! Tenéis una familia encantadora; ¿ queréis a vues-tros hijos?
KITTY BELL.

Más que a mi vida.

CHATTERTON.

Amad, pues, vuestra vida por aquellos a quie-nes la habéis dado.

KITTY BELL.

¡Ay! Sólo por ellos le tengo cariño.

CHATTERTON.

¡Y qué más bello en el mundo, oh, Kitty Bell! Con esos ángeles en vuestras rodillas parecéis la divina Caridad.
KITTY BELL.

Me abandonarán un día.

CHATTERTON.

¡ Nada vale lo que eso para vos! ¡Ahí está la verdad de la vida! Ese es un amor sin turbación

y sin miedo. En ellos está la sangre de vuestra sangre, el alma de vuestra alma; amadlos, señora, únicamente y por encima de todo. Prometédmelo.

135

KITTY BELL.

¡Dios mío! Tenéis los ojos llenos de lágrimas y
sonreís.
CHATTERTON.

¡ Que no lloren nunca vuestros ojos, y que vues-tros labios sonrían siempre! ¡ Oh, Kitty! No de-jéis nunca entrar en vos ninguna tristeza extra-ña a vuestra pacífica familia.

KITTY BELL.

¡Ay! ¿ Depende eso de nosotros?

CHATTERTON.

¡ Sí, sí

...

! Hay algunas ideas con que uno puede

cerrarse

el

corazón.

Preguntad

al

cuáquero,

él

os
dará.

Yo no tengo tiempo;

dejadme salir.
Va(

hacia su cuarto.

)

KITTY BELL.

¡ Dios mío!

¡ Cuánto sufrís!

CHATTERTON.

Al contrario.

Estoy curado.

Sin embargo,

ten-

go la cabeza ardiendo.

¡ Ah,

bondad,

bondad!

Me
hace más daño que sus maldades.

KITTY BELL.

¿De qué bondad habláis?

¿De

la

vuestra?

136

CHATTERTON.

Las mujeres son inocentes de su bondad. Por bondad habéis venido. ¡ Os esperan arriba! Estoy seguro. ¿ Qué hacéis aquí?

KITTY BELL. (Profundamente emocionada, con la mirada hosca.)

Ahora, aunque el mundo entero me esperase, me quedaría.
CHATTERTON.

Os seguiré dentro de un instante. ¡Adiós, adiós!

KITTY BELL. (Deteniéndolo.)

¿ No vendréis?

CHATTERTON.

Iré. Iré.

KITTY BELL.

¡ Oh! No queréis venir.

CHATTERTON.

Señora, esta casa es vuestra, pero esta hora me pertenece.
KITTY BELL.

¿ En qué la vais a emplear?

137

CHATTERTON.

Dejadme, Kitty. Los hombres tienen momentos en que no pueden rebajarse a vuestra talla y en-dulzarse la voz para vosotras...

Kitty Bell,

de-

jadme.
KITTY BELL.

Jamás seré feliz

si

os dejo así,

señor.

CHATTERTON.

¿Venís para castigarme?

¿Qué genio del mal
os envía?
KITTY BELL.

Un terror inexplicable.

CHATTERTON.

Os asustaréis

si

os

quedáis.

KITTY BELL.

¿Tenéis malos proyectos,

Santo Dios?

CHATTERTON.

¿No os he dicho bastante?

¿Cómo estáis aquí?

KITTY BELL.

¿

Y

cómo no estaría?

138
CHATTERTON.

Porque os amo, Kitty.

KITTY BELL.

¡Ah, señor; si me lo decís es que queréis morir!

CHATTERTON.

Tengo derecho a morir. Lo juro en vuestra presencia y lo sostengo delante de Dios.

KITTY BELL.

Y yo os juro que es un crimen: no lo co-
metáis.
CHATTERTON.

Es preciso, Kitty, estoy condenado.

KITTY BELL.

Esperad un día no más para pensar en vues-
tra alma.
CHATTERTON.

No hay nada que no haya pensado, Kitty.

KITTY BELL.

Solamente una hora para rezar.

139

CHATTERTON.

Ya no puedo rezar.

KITTY BELL.

Os lo ruego por mí misma. Eso me dará la
muerte.
CHATTERTON.

Os avisé; ya no hay tiempo.

KITTY BELL.

¿Y si os amase yo?

CHATTERTON.

Lo he visto, y es por eso por lo que he hecho bien en matarme; por eso es por lo que Dios puede perdonarme.
KITTY BELL.

¿Qué habéis hecho entonces?

CHATTERTON.

Ya no hay tiempo, Kitty; es un muerto el que
os habla.

KITTY BELL. (De rodillas, las manos levantadas hacia el cielo.)

¡Dios Todopoderoso! ¡ Perdón para él!

140

CHATTERTON.

¡Marchaos

...

!

¡Adiós!

KITTY BELL.

Cayendo (

.

)

No puedo ya

...

CHATTERTON.

Pues bien,

ruega por mí en

la

tierra y

en el
cielo.

La(

besa en

la

frente y

sube

la

escalera tamba-
leándose;

abre

la

puerta de su cuarto,

y
cae.

)

¡ Ah!

¡ Dios mío!

KITTY BELL.

Se(

fija en

el

frasquito.

)

¿Qué

es

esto?

¡ Perdonadle,

Señor!

ESCENA IX

KITTY BELL,

EL CUAQUERO.

EL CUAQUERO.

(Acudiendo.

)

Estáis perdidos

...

¿Qué hacéis aquí?

141

KITTY BELL. (Tendida en los escalones.)

¡ Subid corriendo! Subid, señor, va a morir; salvadlo

...

si

aun es tiempo.

Mientras (

el

cuáquero

se

encamina a

la esca-
lera,Kitty Bell mira a

través de los cristales de
las puertas

si

hay alguien que pueda proporcio-

nar socorro;

luego,

no habiendo visto anadie,

si-
gue ai

cuáquero aterrorizada,

escuchando

el

rui-
do del cuarto de Chatterton.

)

EL CUAQUERO.

(Subiendo a

zancadas,

aKitty Bell.

)

Quédate,hija mía,

quédate,

no me sigas.

Entra (

en

la

habitación del poeta y

se

encierra
con

él.

Se adivinan los suspiros de Chatterton y las palabras animosas del cuáquero.

Kitty Bell

sube,medio desvanecida,

agarrándose a

labaran-
dilla en todos los escalones;

hace un esfuerzo para abrir la puerta,

que resiste y

cede

al

fin.

Apare-
ce Chatterton moribundo,

en brazos del cuáquero. Kitty grita,

se

desliza medio muerta por

la

ba-
randilla y

cae sobre

el

último peldaño.

Se oye a

John Bell que llama desde

lasala vecina.

)

¡ Mistress Bell!

JOHN BELL.

Kitty (

echa a

andar leyendo

la

Biblia y

balbu
ciendo palabras ininteligibles.

Los hijos corren

a

colgarse de su falda.

)

142

EL CUAQUERO. (Desde lo alto de la escalera.)
¿ Lo ha visto morir? ¿ Lo ha visto?

(Se acerca a ella.)
¡ Hija mía, hija mía!

JOHN BELL. (Entrando violentamente y subiendo dos peldaños.)

¿ Qué hace aquí mi mujer? ¿ Dónde está ese hombre? Mi voluntad es que se vaya.

EL CUAQUERO.

Decid qué se lo lleven. Ha muerto.

JOHN BELL.
¿Muerto?

EL CUAQUERO.

¡ Sí, muerto a los diez y ocho años! Lo habéis recibido todos tan bien, ¡ asombraos de que se haya matado!

Pero...

JOHN BELL.

EL CUAQUERO.

No sigáis, señor; bastante espantada está ya.

(Mira a Kitty y la ve moribunda.)

143

¡ Señor, llevaos a sus hijos! Pronto, que no la
vean.

(Arranca a los niños de los pies de Kitty, se los entrega a John Bell y sostiene a la madre en sus brazos. John Bell los coge y queda estupefacto. Kitty Bell muere en brazos del cuáquero.)

JOHN BELL. (Con espanto.)

¡ Vamos, vamos! ¡Kitty, Kitty! ¿ Qué tenéis?

(Se para al ver que el cuáquero se arrodilla.)

EL CUAQUERO.

¡ Oh! ¡En tu seno, en tu seno, Señor, recibe a estos dos mártires!

(El cuáquero queda de rodillas, los ojos vueltos hacia el cielo, hasta que baje el telón.)

FIN

ÍNDICE

Págs.

Ultima noche de trabajo.. 11
Chatterton; personajes...... 27
Caracteres y trajes de los principales papeles... 29
Acto primero... 33
segundo
tercero

61
95

X39Y Vigny

.V68

Chatterton CH
.s

COLECCION UNIVERSAL

NOVELAS 1 TEATRO 1 POESIAS

FILOSOFIA CUENTOS - VIAJES
HISTORIA MEMORIAS - ENSAYOS

ETC., ETC.

Aparecen veinte números, de uras
cien páginas, cada mes, al precio de TREINTA CENTIMOS cada número.

B89081855173A
POR SUSCRIPCION TRIMESTRAL,

SEMESTRAL
O ANUAL
CINCO (

PESETAS AL MES)

VEINTICINCO CENTIMOS CADA NUMERO

Los 160 números publicados desde julio de 1919
a

febrero de 1920 contienen obras de

LOPE DE VEGA,

KANT,

GOLDSMITH,

LA ROCHE-
FOUCAULD,

ORTEGA MUNILLA,

PROSPERO MERI-
MEE,

STENDHAL,GOETHE,MACHADO,

CERVANTES,
ANDREIEV,

CASTELLO -BRANCO,

CICERON,

VILLA-
LON,

KOROLENKO,

ESTEBANEZ CALDERON,

LEIB-
NITZ,

PLUTARCO,

ABATE PREVOST,

RUIZ DE
ALARCON,

VELEZ DE GUEVARA,

GEORGE ELIOT,
KUPRIN,

COELHO,

MME.

STAEL,

TIRSO DE MOLINA,
MUSSET,

CLARIN,

STERNE,

JULIO CESAR,

CHEJOV,
GARCILASO,

TACITO,

ABOUT,

BEAUMARCHA'S,

SAN-
DEAU,

LAMARTINE,

AZEGLIO,

DANTE,

HI.RCZEG,
AUSTEN,

FLAUBERT,

FENELON,

GORKI,

MORETO,
FILMER,

NODIER,

VERGA,

ARNOLD,

HAUFF.

G. DE-
LEDDA,

VOLTAIRE,

THACKERAY,GOLDONI,

VICTOR
HUGO,

TORRES VILLARROEL yMONTESQUIEU

CALPE
Compañía Anónima de Librería,

Publicaciones y

Ediciones

MADRID

Sagasta,

22.

BARCELONA

C. de Ciento,

416.